

SIGNIFICADOS SOBRE LA VIOLENCIA EN UNA BARRA BRAVA



DANIEL MONTENEGRO GRISALES

KAREN XIMENA RIVERA CARVAJAL

Trabajo de grado para optar por el título de:

Psicólogos

Asesor:

DAGOBERTO BARRERA V

Magister en Psicología

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

MEDELLÍN

2018

Contenido

INTRODUCCION	2
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	5
Objetivo General	11
Objetivos específicos	11
MARCO TEÓRICO.....	12
ENFOQUE METODOLÓGICO	16
DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.....	16
Estrategia de investigación.....	17
Unidad de análisis	17
Categorías de análisis	18
Técnicas de recolección	19
Análisis de los datos.....	20
Descripción de las fases metodológicas	23
SIGNIFICADOS DE LA VIOLENCIA.....	24
SURGIMIENTO DEL SIGNIFICADO DE VIOLENCIA	32
USO DE LA VIOLENCIA	47
DISCUSIÓN	64
CONCLUSIÓN	73
REFERENCIAS	75

INTRODUCCION

Este proyecto se propuso desde el enfoque del interaccionismo simbólico presentado por Herbert Blumer y planteado por autores como George Herbert Mead, para inquirir en el fenómeno de la violencia en una denominada barra brava de la ciudad de Medellín, identificando así el significado de sus acciones violentas. El interés surgió a partir de la necesidad de ahondar en la comprensión del fenómeno, ya que si bien ha sido un asunto mediático y abordado desde distintos enfoques, tiene tanto un carácter múltiple, lo cual requiere un análisis desde distintas aristas para comprenderlo, como particularizado y adecuado al contexto. En esa medida, fue interés de esta investigación el contexto de la ciudad de Medellín, puesto que existe poca investigación sobre él. Por tanto, se pretendió explorar el fenómeno desde la óptica interna de la barra brava aspirando rastrear el significado que ésta tiene de la violencia y así obtener luces que permitan aportar algunas ideas para el diseño de acompañamiento psicosocial en esta población.

Para dar inicio al abordaje del problema, se pusieron de manifiesto algunas definiciones del concepto de violencia. En el diccionario de la RAE (2017) se encontraron definiciones como: “cualidad de violencia”, “acción y efecto de violentar”, “acción violenta o contra el natural modo de proceder”, las cuales, a pesar de señalar algunos visos para la conceptualización, adolecían de vaguedad, por lo que se hizo necesario indagar otras definiciones que abordaran el concepto de violencia de una manera más meticulosa.

Joxe (1981) plantea que históricamente el fenómeno de la violencia se ha asociado con la praxis humana, lo cual delimita significativamente la conceptualización, en tanto

señala que la violencia es exclusiva del dominio humano. En consonancia, Domenach (1981) refiere que la violencia es tan arcaica como el mundo mismo, que pese a ser un tema recurrente, sólo vino a ser objeto de reflexión en el siglo XIX con George Sorel. Anterior a este autor, solo se encontraban alusiones a la violencia de manera somera, sin intención de plantear una definición de ella, tales como la de Heráclito: *la violencia es padre y rey de todo*, o la de Sócrates: *la violencia es condenada por sus consecuencias, no en sí misma*. En esta última, se indica que la violencia es definida a partir de su causa y juzgada en razón a sus consecuencias, es decir, desde dónde emana y se justifica a raíz de sus efectos.

En el mismo orden de ideas, Domenach et al., (1981) esbozan la conceptualización de violencia y la categorizan a partir de tres aspectos: el psicológico (explosión de la fuerza que cuenta con un elemento insensato y con frecuencia mortífero), el moral (ataque a los bienes y a la libertad de los otros) y el político (empleo de la fuerza para conquistar el poder o dirigirlo hacia fines ilícitos). Ahora bien, de esta sentencia se retomaron aspectos que refuerzan la conceptualización: la violencia connota un carácter múltiple, lo que implica la necesidad de reconocer la existencia de varias formas de ella, sin embargo, no pueden trazarse límites rigurosos que las delimiten, ya que cada una de éstas permanece imbricada con las otras.

Por su parte, Étienne (2008) sostiene la imposibilidad de circunscribir la definición de violencia a partir del componente histórico- social y la lógica de poder, puesto que el devenir mismo de la violencia demuestra que algunos tipos de ésta se extrañan de tal lógica. Por tanto, para evitar lo que Joxe (1981) señala como la tendencia a considerar la violencia como una categoría genérica en la cual todo cabe, debe tenerse en cuenta lo planteado por Galtung (2004) quien en su conceptualización caracteriza la violencia a partir del daño que

produce, pues éste se acumula, generando un desgaste en los involucrados, conllevando a que lamenten lo acaecido e inevitablemente cesen el enfrentamiento, bien sea por el desgaste de las partes o por la mediación de un agente externo. Respecto a lo anterior se señala entonces que: la violencia es inseparable del daño que produce para que exista es necesario el daño, al ser su rasgo distintivo.

En conclusión, se planteó que el concepto de violencia, a pesar de ser polisémico, se concreta en la negación de lo político, es decir, en la negación a vivir juntos; de tal manera se definió como aquel ejercicio de fuerza y poder practicado sólo por el hombre, en clave histórica, con una inherente relación de ataque al otro y con la inseparable consecuencia de producción de daño.

Por tanto, la violencia en el fútbol es aquella praxis llevada a cabo por individuos en el marco de un evento deportivo que les convoca. La cual también, como señalaron los autores, connota a su vez otras tipologías, entre las cuales se encuentra la del interés del presente trabajo: la violencia de barra bravas.

Para rastrear el fenómeno de la violencia de las barras bravas se consideró que la población que integra estos grupos, está conformada en su mayoría por jóvenes de escasos recursos y carentes de oportunidades (Panfichi, 1999).

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

La violencia en adolescentes y jóvenes, se ha convertido en uno de los principales problemas políticos y sociales de América Latina, cuyos costos económicos y peores efectos sociales, recaen sobre la población más pobre (Yunez, 2012). Sin embargo, con anterioridad Panfichi (1999) hacía la salvedad de que la violencia en el fútbol peruano no tiene un alto costo social (entre los años de 1994 y 1998 se produjeron una veintena de muertes a razón del fútbol. Esta cifra es ampliamente superada por los decesos acontecidos en accidentes de tránsito en una semana durante la misma época), por lo que habría que cuestionarse si dicho fenómeno, como en el Perú, tiene escaso costo social e iguales indicadores para Colombia.

Por otra parte, los autores discrepan en torno a la vinculación causal del deporte futbolístico con la violencia barra brava. Mientras que por un lado se señala que:

En sí mismo el fútbol es una representación ritual del enfrentamiento entre dos comunidades diferenciadas. Mas no por ello el causante directo del comportamiento violento de ciertos grupos de aficionados. Por el contrario, son estos individuos y la manera como procesan las experiencias históricas que les ha tocado vivir, las que dan origen a los acontecimientos específicos que se ponen en juego (Panfichi, 1999, p.152).

También se plantea que el componente conflictivo en la génesis del fútbol sumándose a las problemáticas sociales que vive América Latina, resulta ser una combinación propicia para la conflagración de la violencia por parte de algunas barras

bravas (Yunez, 2012). En este sentido, queda la duda alrededor de la relación que se teje entre fútbol y violencia en el contexto colombiano y en particular de la ciudad de Medellín.

En el contexto internacional, la violencia de las barras bravas es un fenómeno que puede rastrearse desde los años 50's en Inglaterra y el resto de Europa y fue catalogado en aquel entonces como la peste inglesa (Londoño, 2013). En Latinoamérica puede datarse a partir de la década de los 60's en Argentina. Panfichi (1999) relata que será entre 1980 y 1990 la época en la cual el fútbol se convierte en un espacio de representación de la violencia. En la misma vía, Yunez (2012) lo afirma diciendo que para mediados del siglo XX las barras bravas se consolidan y con ello se hacen más evidentes sus manifestaciones de violencia en todo tipo de escenarios. En cuanto a su aparición en el contexto colombiano, data de la década de los 90, siendo esta la razón por la cual escasea compilación teórica en torno al tema (Londoño Aguirre, 2013).

En 1968 John Harrington planteaba que la violencia de las barras bravas es una reacción que obedece a “patologías individuales y a reacciones frente a los estímulos dados por el ambiente, una pérdida de control por parte del individuo” (citado por Londoño, 2013, p.74), lo que Szlifman (2011) evidenciará al datar que hasta principios de la década de 1980 la mass media argentina reproduce un discurso que liga los violentos con lo patológico e irracional. Sin embargo, Panfichi (1999) refuta tal argumento, al plantear que la violencia real o simbólica tiene un sentido instrumental y no es meramente conducta desbordada o producto del resentimiento, como lo pretendían mostrar los medios de comunicación. A ello se suma Torres (2005) al plantear:

La violencia es un fenómeno que históricamente se ha relacionado con las condiciones sociales particulares. Explicar su etiología por características

individuales de origen biológico o psicológico, reduce su esencia, la razón de la violencia hay que encontrarla en el cruce de los factores negativos del individuo y de la sociedad (p.56).

También concuerdan en ello Szlifman (2011) al plantear que la violencia en el fútbol no es meramente conducta errática. Incluso Aragón (2009) afirma que la violencia no tiene el más mínimo componente de irracionalidad y que sus protagonistas no son sujetos desviados, a lo que se suma Londoño (2013) al expresar que es inaceptable plantear las barras bravas como un grupo de desequilibrados buscando dar rienda suelta a sus impulsos. Por otra parte, Arboleda y Vélez (2016), señalan que en la esfera nacional han sido los medios de comunicación los responsables de asociar, indivisiblemente, la violencia en el fútbol a los grupos de barras bravas, justificándose en reducir los hechos a fenómenos de índole individual y catalogando a los implicados como criminales, de este modo, negando implicación de otros actores y su inherente cuota de responsabilidad.

A partir de 1958, Szlifman (2011) plantea que los medios de comunicación argentinos descubren los causantes de incidentes en los estadios, los cuales no eran individuos aislados, sino organizaciones apropiadamente conformadas. Panfichi (1999) relata que para la década de los 80 en el Perú, las barras bravas empiezan a organizarse en red barrial, lo que implicó la presencia extendida de estas por toda la ciudad y no sólo circunscrita al estadio o sus alrededores.

Los autores particularizan el comportamiento del fenómeno de la violencia barra brava según el contexto y lo hacen al plantear que “las barras argentinas funcionan como grupos de choque al servicio de disputas locales. Las barras peruanas emplean la violencia para salir del anonimato (...) para construir una masculinidad agresiva y radical” (Panfichi,

1999, p.159), la violencia de los hooligans ingleses se convierte en su forma de expresar sentimientos de lealtad y compromiso con el equipo local heredado de sus padres (Clarke citado en Londoño, 2013). Por tanto, se requiere analizar el fenómeno partiendo del contexto en el que ocurre e identificando las influencias socioculturales que le permean. Esto lo afirma Torres (2005) al plantear que la violencia tiene la capacidad de reproducirse y propagar sus derivados.

Varios autores plantean la asociación de violencia barra brava con el territorio. Entre ellos, Panfichi (1999) dice que, a razón de la organización en red barrial de las barras bravas peruanas, las disputas y enfrentamientos que se presentan en el fútbol toman el escenario barrial, pues los grupos distritales cometen reyertas para lograrse con el monopolio del espacio público, al cual demarcarán como propio mediante el graffiti. Seguido a esto, señala que, con la configuración en red barrial, surgieron nuevos líderes que reclamaron su lugar en la directiva central de la barra, cobrando así mayor importancia los canales de distribución de los beneficios e implicando una disputa por el poder, dirimida en grescas (Panfichi, 1999). Londoño (2013) menciona que, en ciudades como Bogotá, Cali y Medellín, sucede de manera similar, pues las barras bravas se enfrentan por el territorio para exponer sus capacidades belicosas frente a las otras, y Yunez (2012) asiente planteando que una las causas de la violencia barra brava es la lucha incesante por el territorio.

Los autores también esbozan un vínculo de violencia barra brava con status, visibilización y reconocimiento. Panfichi (1999) sostiene que las posiciones de mayor jerarquía en la barra son alcanzadas, no por tradición, sino por la competencia en el enfrentamiento físico contra los enemigos, de modo que el respeto y status se obtienen a

partir de muestras de agresividad frente a los contrarios y al interior del mismo grupo. En esta misma línea, entre los años 70 y 80, la prensa identificaba la violencia como un modo de ganar prestigio entre los pares y frente a los rivales (Szlifman, 2011). El ritual de la violencia en las barras bravas opera como un mecanismo de visibilización, que se concreta en el espacio de pertenencia de los protagonistas: el estadio. Por este motivo, renunciar a la violencia sería renunciar a la visibilidad misma (Aragón, 2009), a lo que se suman las condiciones sociales inequitativas que fomentan que la violencia sea el vehículo para acceder al reconocimiento (Yunez, 2012).

Por otro lado, los autores exponen la forma particular de significación de la violencia en las barras bravas, acorde y singular al contexto en que se desenvuelven. Panfichi (1999) señala que la violencia política de los años 80 y 90 en el Perú influyó ampliamente en el discurso y pautas de comportamiento de los grupos sociales, entre los que se encuentran las barras bravas. Aragón (2009) plantea que, para los protagonistas de la violencia en el fútbol, ésta no es algo que les moleste, pues el perfil construido a partir de ella les ubica en un rol social legitimado. En tanto ello, la identidad que configuran es a razón de la experiencia con el mundo marginal que vivencian. Por tanto:

El ciclo natural que rodea la violencia en el fútbol tiene significaciones diferenciales, lo que es anómalo para unos, no lo es para otros, en esa medida cada uno tiene significaciones propias. Para la barra es normal pelearse, lo anormal es no hacerlo (p.8).

En el caso argentino, la significación de la violencia es dirimida en la categoría del “aguante”: categoría que se define como “hostilidad hacia un enemigo... Valor físico y moral que designa tanto la capacidad de resistir como la de desafiar cualquier pretensión de

imposición y a cualquier adversidad” (Aragón, 2009, p.8). Esta se pone a prueba en la confrontación con otra barra o con la policía. Por lo que, las prácticas en torno al aguante, cada una particularizada, tiene patrones de operación que los ajenos no pueden normalizar, y en tanto ello, sólo desde la óptica interna de la barra brava puede llegar a comprenderse.

Lo anterior, es reafirmado por José Garriga Zucal (2015), al plantear que la barra mediante el aguante significa la violencia, manifiesta o figurada, legitimada o no, depende de la lectura, pues esta es una construcción histórica, particular y señal que les identifica.

Siendo así, la pertenencia a la barra es otorgada por la manifestación del aguante, éste como ya se afirmó, se sostiene en el ejercicio de la violencia que otorga respeto y distinción; bien sea por temor o admiración, pues en ésta población otorga prebendas materiales e inmateriales, pues da la posibilidad al sujeto de convertirse en líder. A su vez, al ser una señal identitaria, se hace manifiesta en la apariencia corporal, ésta se edifica a partir de manifestaciones, prácticas, consumos y se convalida en la refriega. Por ende, el aguante distingue a la barra brava, instituyendo un *nosotros* y *un otros no violentos* (Castro, 2015).

Una vez esbozado el tema de esta investigación, quedan lagunas en la cuales es necesario zambullirse para comprender el fenómeno en cuestión. Acorde a esto y en clave a la significación que barras argentinas, peruanas o europeas hacen del fenómeno de la violencia, se indagó en torno a cómo las barras bravas colombianas, y en especial alguna de la ciudad de Medellín significa el fenómeno de la violencia, dando respuesta a la pregunta la pregunta ¿Cuáles son los significados hacia la violencia en los integrantes de una barra brava de la ciudad de Medellín?

Abordar el fenómeno de la violencia desde las barras asiste a la comprensión y conceptualización de los fenómenos psicosociales que tocan la población colombiana, contribuyendo, de este modo, a la adecuación contextual, el desarrollo teórico y metodológico de la psicología social comunitaria y en esa medida, a la disciplina psicológica en general.

Así pues, esta investigación permitió sumar a la comprensión del fenómeno de la violencia en la barra brava en el contexto local de la ciudad de Medellín y brindó elementos que fundamenten un programa de acompañamiento a la población partícipe de este fenómeno, entre tanto, se carga de relevancia social, ya que como señalaron los autores la violencia en jóvenes acarrea un gran costo social, a la vez que implica problemas de orden público, por lo que se requiere afanosamente impactar sobre ella desde alguna de sus aristas.

Objetivo General

Describir los significados sobre la violencia que tienen los integrantes de una barra brava de la ciudad de Medellín.

Objetivos específicos

1. Identificar los significados sobre la violencia que enuncian los integrantes de una barra brava.
2. Referir cómo surgen los diferentes significados sobre la violencia.
3. Identificar cómo los integrantes de una barra brava orientan sus acciones en función de lo que se significa para ellos la violencia.

MARCO TEÓRICO

Para este proyecto se retomó al antropólogo José Antonio Garriga Zucal, quien ha abordado metódicamente el *fenómeno de la violencia en el fútbol*.

Plantea que es necesario entender la violencia dentro del círculo de experiencias sociales que le rodean (Garriga y Noel, 2010), puesto que es resultado de relaciones que le legitiman (Garriga, 2016). Por tanto, identifica el término de violencia como *polisémico, ambiguo y pluri conceptual*. Siendo así, arguye que ésta se debe pensar como *disruptiva* y a la vez *constitutiva* del lazo social; pues tiene un lugar en la normalidad de lo cotidiano y habitual, por lo que se vuelve *paradójica*. En consecuencia, señala que la labor empírica del académico radica en determinar el sentido de la violencia, puesto que una definición, implicará siempre *una disputa* entre las partes involucradas (Garriga, 2009). En definitiva, señala que han de recurrirse a claves para determinar lo que es violencia: *debe connotar una ambigüedad irreductible*, ya que pone en juego criterios de evaluación y censura moral de aquellos que la definen y usan. *Sus fronteras se demarcan entre lo legítimo e ilegítimo*. *Al ser paradójica*, implica el análisis de sus dimensiones constructivas y destructivas. *Su núcleo básico está constituido por la contrastación de la agresión resistida*; es una acción que el destinatario prefiere no sufrir (Garriga y Noel, 2010).

En consecuencia, Garriga (2009) señala que una definición de violencia es siempre inacabada, pues hay una diversidad de acciones y representaciones así definidas, cada grupo social la sabe según el resultado de un cruce de relaciones sociales determinadas contextualmente. A ello se suma que pocos quieren ser señalados o estigmatizados por esta; tal es el caso de la barra, la cual califica sus prácticas violentas como combates, nunca

mencionan que participan de hechos violentos, sino que afirman ser sujetos de aguante (Garriga, 2009), por ende, el análisis de la violencia *debe dar cuenta de quiénes, cómo y cuándo le están definiendo* (Garriga, 2016a).

Para Garriga Zucal en las barras bravas argentinas, el fenómeno de la violencia se dirime en el término “aguante” con dos acepciones: praxis violenta y la diada fervor-fidelidad. Así entonces el aguante marca límites conceptuales, puesto que para *el hincha militante* remite al par fervor-fidelidad, mientras que para *el barra brava* connota, en gran medida, praxis violenta, aunque no excluye la diada fervor-fidelidad.

Garriga Zucal cataloga el aguante como un bien simbólico que se vincula, indivisiblemente, a diversas condiciones al interior de la barra. Por un lado, plantea que éste relaciona prácticas violentas con masculinidad; pues son la única herramienta legítima para hacerse con ésta. También se le asocia a la constitución de una identidad, sólo aquellos dispuestos a la praxis violenta son dignos de pertenecer, ella les confiere el estatuto de integrantes.

Siendo así, es el capital que distingue la barra brava externa e internamente; mientras que para unos es señal de irracionalidad, internamente es signo de pertenencia grupal asociado al honor (Garriga, 2016a). En tanto ello, la violencia se hace visible para suministrar a la barra brava, estatus, orgullo y privilegios económicos y simbólicos. Por lo que no aísla la barra de los demás actores sociales, es una moneda de cambio con éstos (Alabarces, Garriga & Moreira, 2008).

Por tanto, la praxis violenta muestra la participación de un particular mundo moral con sentidos y significados socialmente instituidos, desde el cual emana la legitimidad. Así, la violencia se entiende como *acción social*, ya que tiene como fin comunicar alguna

característica elegida por su ejecutor (Alabarces et al., 2008). La barra brava comunica a través de la praxis violenta variados aspectos de su cosmovisión: desde la entereza del espíritu a la resistencia al dolor como valor ontológico. (Garriga 2016b). Por tanto, es para la barra brava un *recurso* legítimo en el marco de un mundo relacional y usado para ciertos fines. Es decir:

Las acciones violentas son recursos para hacerse de prestigio según los sentidos legitimados. Usos contextuales y limitados a ciertas interacciones; usos estratégicos que impiden concebir la violencia como una particularidad irreflexiva del ser grupal. Así, definimos que la violencia no es una particularidad interiorizada y prerreflexiva del sujeto sino un recurso. Estos sujetos que en una red de relaciones hacen de la violencia su señal de pertenencia, en otra manipulan otras señales. Así, se usa la violencia según las interacciones y los repertorios de los actores (...) por tanto la violencia y su potencialidad es parte de un repertorio de acción; legítimo fruto de hábitos experimentado en la socialización entre pares (...) es un recurso de pertenencia y de distinción en tanto es usual, aprendido en la experiencia (...) (Garriga 2016^a p.49).

A partir de lo anterior, se definieron las barras bravas desde del rasgo que les caracteriza, agentes de aguante. De tal manera, como Garriga señala, son grupos organizados alrededor de clubes deportivos (en especial de fútbol), hacen explícitos sus repertorios comportamentales y universo simbólico en torno a la escena lúdica, poseen una estructura interna jerarquizada que les sirve para proyectarse sobre objetivos internamente estipulados y hacerse con los mismos, para lo que recurren a la praxis violeta, que les distingue, y a la manifestación de la diada fervor fidelidad.

Ahora bien, para lograr una descripción metódica del interaccionismo simbólico, se hizo necesario citar a Herbert Blumer, quien acuñó por primera vez el término retomando la conceptualización de G. H. Mead:

“El interaccionismo simbólico se basa en el análisis de tres sencillas premisas la primera es que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que estas significan para él (...) la segunda premisa es que el significado de estas cosas se deriva de, o surge como consecuencia de la interacción social que cada cual mantiene con el prójimo. La tercera es que los significados se manipulan y modifican mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse con las cosas que va hallando a su paso” (Blumer, 1982 p.2)

De lo cual se conjetura que, el significado de los objetos media indiscutiblemente el comportamiento humano, este a su vez, emerge de la interacción entre sujetos, de modo que el significado que una cosa encierra para una persona es el resultado de distintas formas en que otras personas actúan hacia ella en relación con esa cosa (Blumer, 1982). Así entonces, el significado de las cosas depende de las experiencias de los sujetos, por lo cual para lograr su aprehensión conceptual, se le debe esquematizar en la triada de interacción; ésta se compone del sentido, el símbolo y el significado, y su ordenación es signada así: el símbolo es lo dicho, el significado aquello que se pretende decir y el sentido es la intención o razón por la que se dijo lo dicho.

En definitiva, para el interaccionismo simbólico el ser humano es un organismo que entabla una interacción consigo mismo a través de un proceso social de auto formulación de indicaciones (Blumer, 1982). El cual le permite desenvolverse en ese todo social integrado por otros organismos.

ENFOQUE METODOLÓGICO

Este trabajo se desarrolló desde un **enfoque interpretativo**, el cual define a la sociedad como una realidad construida y mantenida a través de interacciones simbólicas y pautas de comportamiento. Se pretendió comprender e interpretar las acciones sociales llenas de significados en dos planos: uno subjetivo, en el que tales acciones son interiorizadas por los actores con base en las percepciones, ideas y juicios que tienen del mundo; y otro objetivo materializado por las acciones cotidianas y artefactos simbólicos, en relación a las experiencias y sentido común del actor en constante interacción (Zavala, 2010).

En este sentido, desde el enfoque interpretativo el conocimiento es un proceso constructivo de comprensión e interpretación de la realidad, y las investigaciones fundadas en tal enfoque tienen como finalidad comprender la conducta de las personas estudiadas mediante la interpretación de los significados que ellas le dan a su propia conducta y a la de los otros como también a los objetos que se encuentran en sus ámbitos de convivencia (Robledo, Arcila, Buriticá & Castrillón, 2004).

DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

El presente trabajo utilizará un **diseño metodológico cualitativo**, el cual orienta la investigación hacia la descripción, comprensión e interpretación de los significados que los sujetos le dan a sus propias acciones, centrándose más en aquello que es único y particular en los sujetos (IESPP / CReA, 2012), apuntando a la comprensión de la realidad como resultado de un proceso histórico de construcción a partir de las lógicas de sus actores

(Hernández Sampieri, Fernández Collado & Lucio Baptista, 2010). Desde un diseño cualitativo se percibe la vida social como la creatividad compartida de los individuos y se resalta la importancia de comprender las situaciones desde la perspectiva de quienes participan de ellas.

De esta manera, un abordaje cualitativo otorga relevancia a lo que los propios sujetos, en sus propias expresiones, identifican y señalan como sustancial a sus experiencias, rescatando por tanto no la lectura de la realidad de parte del investigador, sino de los sujetos y las construcciones sociales que han realizado de su propia realidad. (Saavedra & Castro, 2007).

Estrategia de investigación

Como estrategia de investigación se recurrió al **estudio de caso** (Galeano, 2004) que tiene por objetivo comprender el significado de una experiencia, mediante el análisis minucioso de aspectos de un fenómeno puesto en cuestión. Por caso, se define cualquier suceso o aspecto social localizado en un tiempo y lugar específicos, es decir, la violencia representada por una Barra brava. Así, el estudio co Cabe señalar que la elección de esta estrategia se hace en términos instrumentales pues se examina el caso particular con el fin de inquirir en la comprensión del fenómeno (Galeano, 2004).

Unidad de análisis

Significados sobre la violencia de los integrantes de una barra brava de la ciudad de Medellín.

Categorías de análisis

Desde lo esbozado por Blumer (1982) puede plantearse:

La influencia de los significados hacia la violencia

Consiste básicamente en la orientación que hacen los significados de las cosas a las personas en la formación de sus acciones o comportamientos. Es decir, el significado de un objeto para una persona le indica la orientación de su comportamiento.

La fuente de los significados hacia la violencia

“El significado es fruto del proceso de interacción entre los individuos. El significado que una cosa encierra para una persona es el resultado de las distintas formas en que otras personas actúan hacia ella en relación con esa cosa. Los actos de los demás producen el efecto de definirle la cosa a esa persona” (p.4). En otras palabras, tales significados emanan de un proceso formativo en interacción con los otros.

El uso dado a los significados hacia la violencia

La utilización en el acto de los significados implica un proceso interpretativo, primero el agente se indica a sí mismo cuales son las cosas hacia las que se encaminan sus actos, a continuación selecciona, verifica y modula los significados a tenor de la situación en la que se encuentra inmerso y de la dirección de su acto. Así que la interpretación es un proceso formativo en el que los significados son utilizados y revisados como instrumentos para la orientación y formación del acto. No es más que decir que el uso del significado de la cosa es modulado por la interpretación.

Técnicas de recolección

Para la recolección de la información se utilizó la entrevista cualitativa, técnica que permite tener acceso al conocimiento de la vida social a través de los relatos verbales de los sujetos, y traerlo de la interacción a la investigación, pues “es en las prácticas conversacionales donde los individuos construyen su identidad, el orden y el sentido (interdicción) de la sociedad, según el contexto en que viven” (Galindo, 1998 citado por Arevena, Kimelman, Micheli, Torrealba y Zúñiga, 2006).

Por otra parte, también se utilizó la entrevista semiestructurada, la cual se basa en una guía de asuntos o preguntas frente a la cual el entrevistador tiene la libertad de adicionar preguntas para precisar conceptos u obtener mayor información (Hernández Sampieri, 2003 citado por Ruíz, Borboa y Rodríguez, 2013). Sin embargo en este tipo de entrevista el objetivo se establece de antemano y se establecen hipótesis respecto al tema a investigar que guían la formulación de las preguntas, introduciendo las áreas temáticas con una pregunta abierta y finalizándola con una cerrada. “En general, una meta de las entrevistas semiestructuradas es revelar el conocimiento existente de manera que se pueda expresar en forma de respuestas y, por tanto, hacerse accesible a la interpretación” (Flick, 2004 citado por Arevena et al., 2006).

Otra técnica que puede ser tenida en cuenta son, los informes descriptivos desarrollados por los propios agentes, con lo cual indican cómo ven, cómo actúan en función de lo que ven y cómo aluden ese significado a los otros. A ello se suma una discusión grupal, donde se contraste y se pondera lo recogido de manera individual (Blumer, 1982).

Análisis de los datos

Para el análisis de la información recolectada de los significados sobre la violencia se recurrió a la teoría fundamentada como un método de investigación que se asienta en el interaccionismo simbólico, que posibilita derivar sistemáticamente teorías sobre el comportamiento humano y el mundo social (Kendall, 1999 citado por De la Cuesta, 2006) y tiene como propósito desarrollar teoría basada en datos empíricos y se aplica a áreas específicas. En la teoría fundamentada se da una explicación general o teoría respecto a un fenómeno, proceso, acción o interacciones que se aplican a un contexto particular considerando la perspectiva de sus participantes. Dicha teoría que se produce a partir de los datos es contrastada con la literatura previa y se denomina sustantiva o de rango medio porque surge de un ambiente específico, de modo que aunque sus explicaciones tienen una naturaleza “local” aportan nuevas visiones de un fenómeno (Hernández et.al, 2010).

La teoría fundamentada hace explícitos los procedimientos de análisis cualitativos y ayuda a desarrollar conceptualizaciones útiles de los datos, enfatizando en el descubrimiento y no en un razonamiento deductivo basado en una teoría previa (Charmaz 1990 citado por De la Cuesta, 2006). En este sentido también se rescata el aporte de los participantes y su contexto particular.

La teoría fundamentada como método de análisis de datos no es un proceso lineal, pero en esencia se consiste en determinar la unidad de análisis, para luego con la comparación de unidades generar categorías (codificación abierta) y luego temas que se vinculan (codificación axial) los cuales se vinculan. Posteriormente, dichas categorías y

relaciones se contrastan con los datos para afinar su definición y describir sus propiedades (codificación selectiva) (Hernández Sampieri, 2010).

Por todas las características anteriormente descritas se considera que la teoría fundamentada como herramienta cualitativa de análisis resulta pertinente para la presente investigación teniendo en cuenta que esta tiene como objetivos identificar y describir los significados que un determinado grupo social, enmarcado en un contexto particular construye sobre la violencia a partir de la interacción y los efectos que estos producen en su comportamiento, privilegiando la experiencia de quienes lo conforman.

Participantes

Integrantes de una Barra Brava de la ciudad de Medellín.

Muestra

Criterios de inclusión: Sujetos pertenecientes a una barra brava seleccionada, sujetos con mayoría de edad, sujetos con antigüedad en la barra brava superior a los 5 años.

Criterios de exclusión: Sujetos pertenecientes a barra bravas de otros equipos del país, sujetos menores de edad, sujetos con pertenencia menor a 5 años en la barra brava, sujetos diagnosticados con alguna patología neurocognitiva o psiquiátrica.

Descripción de los participantes

Para el desarrollo de este proyecto de investigación se realizaron seis entrevistas con el mismo número de informantes. Los participantes de las entrevistas debían poseer ciertas características para convertirse en informantes claves para el tema de investigación, debían llevar cinco o más años adscritos a la barra brava y haber participado en sucesos de

violencia relacionados con el fútbol, por defecto características como la mayoría de edad y consentimiento informado debían cumplir.

En este orden, se describirá uno por uno en forma de narrativa los informantes:

Paola: Mujer de 28 años de edad, casada, madre de una niña de 7 años, su nivel académico es técnico, labora como administradora en un local comercial. Lleva asistiendo hace 17 años aproximadamente a encuentros futbolísticos del deportivo independiente Medellín, lleva alrededor de 15 años adscrita a una barra brava, señala que en repetidas ocasiones ha sido testigo de la violencia como también actor de hechos violentos.

Camilo: Hombre de 23 años de edad, casado, padre de un niño de 5 años de edad, su nivel académico es bachiller, labora como secretario de despacho. Lleva asistiendo alrededor de 10 años aproximadamente a escenarios deportivos y alrededor de 8 años adscrito a una barra brava, ha sido actor en confrontaciones con demás hinchas.

Julián: Hombre de 24 años de edad, soltero, purgó una pena de 6 años en una prisión de Argentina, su nivel académico es primaria, labora como conductor de tractomula. Asiste hace 13 años a eventos deportivos del DIM y está adscrito hace 10 años a una barra brava, como los demás participantes ha estado inmiscuido en hechos violentos relacionados con el fútbol.

Santiago: Hombre de 27 años de edad, soltero, padre de un niño de 8 años, su nivel académico es técnico, al momento de la entrevista se encontraba desempleado. Asiste hace 15 años a presenciar encuentros futbolísticos del DIM y hace 14 años se adscribe a una barra brava. Tiene especial gusto por la movida sonora, así que su papel dentro de la barra brava ha consistido en la percusión de instrumentos musicales, si bien ha participado en hechos violento, su acción ha sido recelosa de este tipo de conductas.

Cristian: Hombre de 29 años de edad, soltero, su nivel académico es técnico, labora como mensajero de una cadena productora de alimentos. Asiste hace 17 años a encuentros futbolísticos y hace parte de la barra hace 16 años. Ha sido testigo y actor de conductas violentas.

Sebastian: Hombre de 28 años de edad, soltero, nivel académico técnico, padre de dos niñas purgó una pena de 4 años de prisión, labora como independiente en la actualidad. Asiste hace 18 años a encuentros deportivos y es integrante de la barra hace 16 años. Como sus compañeros ha sido protagonista de acciones violentas de su barra.

Descripción de las fases metodológicas

A partir de lo señalado por Galeano (2004) las fases metodológicas para este trabajo son:

El diseño: que implica la selección y delimitación del caso y la conceptualización del objeto de estudio, para lo cual se debe tener en cuenta los fundamentos epistemológicos, teóricos y metodológicos que soportan el estudio. Para la elección del caso se tienen dos criterios básicos la representatividad del caso y la oportunidad de aprendizaje que ofrece, sin embargo éste último se puede sopesar con la facilidad de acceso y el entablar buenas relaciones con los participantes, lo que permitiría asegurar calidad y credibilidad en el estudio.

Desarrollo del estudio: comprende aquellas actividades en campo; recolección de la información, ajustes al diseño inicial, registro y evaluación permanente de la información, y la contrastación constante de objetivos y logros de investigación.

Análisis, interpretación y presentación de los resultados: el análisis es un proceso constante en la investigación, pues el académico a través de este revela categorías y patrones en los datos, que le sugieren nuevas vías de análisis y comprensión. Siendo así, el análisis implica la interpretación de los datos a la luz de los propósitos del estudio y desarrollar postulados frente al caso en cuestión. La presentación de los resultados queda bajo el arbitrio del académico, sin embargo, ha de usar siempre el caso mismo como guía básica; los rasgos más importantes, los aprendizajes hechos y elementos descriptivos para la comprensión del mismo.

SIGNIFICADOS DE LA VIOLENCIA

La barra brava significa la violencia de tres formas: como una manifestación emocional, como una reacción, y como una forma de reconocerse.

La violencia como manifestación emocional:

La violencia, según lo relatado por los participantes, se entiende como la expresión de una emoción, es decir, la manifestación fáctica del estado emocional o sentimental del individuo.

Con lo anterior se está planteando que la presencia de un estado emocional, condiciona o elicitaba una respuesta comportamental del barrista, como lo expresa Cristian: “Para mí la violencia es la expresión de diferentes sensaciones, diferentes estados emocionales del ser humano, no solo del ser humano, se puede ver en muchos campos”. Así pues, el estado emocional referido por Cristian, se hace manifiesto mediante la conducta ejecutada, la cual si bien es de carácter violento queda modulada por la construcción

simbólica elaborada por la comunidad sobre la violencia, en tanto ampara el comportamiento de este tipo.

Ejemplo de esto es el siguiente relato: “En el fútbol uno siente alegría, tristeza, dolor. Entonces para mí la violencia es como el despertar esas ciertas emociones que se dan por un partido de fútbol” (Paola). Ligado a esto, los participantes hablan de una especie de simbiosis entre la emoción y su manifestación conductual, y en especial entre la emoción y el comportamiento violento que le representa.

Los participantes asocian emoción y violencia en dos perspectivas, una aludiendo a una expresión individual y otra como expresión grupal que se extiende sobre la barra brava, en tanto es sostenida por los integrantes de la misma. En relación a esto podría retomarse el concepto de contagio emocional (Ruiz Santos, 2015) para comprender la generalización de una emoción en un grupo y su consecuente comportamiento. En esta medida, la comunidad barra brava comparte este significado en relación a la violencia y por ello le avala, “por ejemplo a mí en la final del 2002 me tocó ver violencia contra otra barra, pero fue por desatar esa misma rabia de que habíamos perdido ese día, y es el sentimiento” Cristian, al compartir socialmente el significado sobre la violencia; como expresión legítima de la emocionalidad del grupo y sus integrantes, los sujetos pertenecientes a esta comunidad sienten aprobado su accionar en la medida de ello.

Por otro lado, debe señalarse que con la descripción realizada, ha podido sugerirse que la emoción expresada con el comportamiento violento es únicamente de carácter negativo, y la simbiosis ocurrida entre comportamiento y emoción sólo se encuentra en la negatividad de ambas. En la barra brava circundan y se comparten un abanico de emociones; la tristeza y alegría como polos opuestos les representan, en función de ambas

los participantes han planteado la elicitación de su comportamiento violento, por ejemplo Santiago plantea el goce que produce la acción violenta de la barra brava, “hay emociones que uno disfruta... es lo que le gusta a uno, y uno se siente bien corriendo a los sureños”, de modo que la emoción positiva también se asocia con la violencia, pues el comportamiento violento genera sensaciones placenteras al sujeto.

El estado emocional positivo, puede entenderse como el placer o la expectativa de satisfacción que produce la expresión violenta. Esta se asocia con el comportamiento violento en la medida que el sujeto está en expectativa de recibir el refuerzo a través de su ejecución. En el caso de Santiago sería el goce, el cual a su vez promueve la recurrencia del acto violento.

Cuando los participantes plantean un estado emocional negativo se están refiriendo a un conjunto de emociones y sentimientos que se asocian a la ira, tristeza o desconcierto, los cuales se expresan mediante el comportamiento violento tanto del individuo como de la barra brava. A esto se refiere Santiago cuando dice “es como una forma de desestresarse y sacar todo lo negro que tiene dentro”. Por su parte, Cristian lo plantea como “la violencia no solo se puede desatar entre nosotros, sino desquitarse con acciones violentas, así como para descargar la energía”, es decir expresar mediante estas el estado emocional en que se encuentra el sujeto o la barra brava.

En definitiva tal significado en el que se asocia emoción y violencia, está fuertemente arraigado en la barra brava pues incluso Cristian plantea que “la violencia siempre va estar presente, siempre va haber gente que quiera expresar sus sentires en el estadio”.

La violencia como una reacción:

Hace referencia la violencia como respuesta a un estímulo o comportamiento. En el significado de violencia como una reacción se indica que a raíz de una provocación o estímulo precedente, la barra o el individuo, responden de manera violenta a tal estímulo. Cristian señala que la violencia sería “una reacción a algo”, y Julian la relata como “una reacción física, a la cual yo ya no respondo de forma verbal”.

Los sujetos significan la violencia como forma de respuesta frente a la emisión que profiere un agente considerado como opuesto. Por ejemplo Santiago se refiere a la violencia como “un grado de desacuerdo entre las personas, como intolerancia, llegar a los extremos porque otra persona no piense igual que uno”, de lo cual puede decirse que la reacción es modulada por la posición de adversario de la cual viene el estímulo, así también Paola señala que “Entonces si vos perdés, a vos te da dolor, te da rabia, te da tristeza, y cuando sos provocado ya más allá por el folclor del futbol, por la hinchada rival, eso ya desata la violencia”. Puede entonces notarse la sintonía de ambos participantes en sus relatos, pues señalan la posición de adversario como fundamental para la reacción de forma violenta. Esto hace pensar en un juicio de valor que hacen los participantes sobre las rasgos que identifican un grupo o sujeto como adversario, sin embargo no solo la condición contraria desata la reacción violenta, la manifestación conductual de la oposición, entiéndase como “extremo” o “provocación” es el factor que junto a la condición de adversario conlleva la reacción beligerante de la barra brava.

Algunos participantes refieren los significados de la violencia compartidos por la comunidad Barra Brava, como los “códigos” que esta posee para identificarse como tal, como lo indican Santiago y Julian al hablar de “una ideología de la barra”. Los integrantes

se sirven de ellos para comprender la cotidianidad y las situaciones concernientes al microsistema (Bronfenbrenner, 2002) en el que encuentran inscritos, por lo que con estos se legitiman comportamientos que se ejecutan en los espacios sociales que visitan las barras. Haciendo esquemática la descripción, debe señalarse también que el marco social y cultural hegemónico, comparte, o al menos permite, la circulación de estos significados y el establecimiento de los mismos, pues como se sabe, en una cultura catalogada como violenta, transitan y arraigan significados coherentes a ella.

Ligado a lo anterior, se comprenderá entonces que Paola diga “Porque si estamos hablando del fútbol entonces... la reacción frente a un conflicto se va a tornar violenta”, indicando que los significados de violencia y los comportamientos coherentes a estos se han consolidado, son totalmente legítimos para esta comunidad, y su ejecución es aprobada por ésta y demás barras. Por otro lado, las demás personas que asisten al encuentro futbolístico, como por ejemplo asistentes esporádicos, saben de la naturalización de tales comportamientos en las barras, por lo que su complacencia o indefensión aprendida (Macassi, 1988) frente a la situación hace que se vigore la legitimidad de los mismos, volviéndose paisaje del ámbito futbolístico.

El arraigo de este significado en la barra brava puede notarse en lo siguiente: “eso es lo que he dicho siempre, o sea la barra como tal es violenta, se genera porque está expuesta a este tipo de situaciones, estamos expuestos diversas emociones que generan reacciones” (Paola), implicando que los comportamientos violentos son congraciados por la comunidad que se reconoce como barra brava, como también se evidencia en Paola cuando refiere: “de por sí el ser humano genera o reacciona con violencia y un barra brava mucho más”.

A partir del significado de la violencia como reacción compartido por los integrantes de la barra brava, el cual modula su comportamiento, estos se servirán para realizar juicios de valor sobre los comportamientos acordes o distantes al “código” que vanaglorian. Así, frente a un comportamiento “provocador” de un adversario reaccionarán de manera violenta, pero también habrá respuesta en distinto grado de magnitud si el comportamiento de un integrante se opone a lo instituido u orientado por el grupo, como se puede ver por ejemplo en esta expresión: “uno como líder le puede decir a alguien, ve mira eso está mal hecho, no te vas a poner a robar, y si el man no lo toma bien, o si el man lo sigue haciendo entonces ya vos entras. Pero si el otro no lo toma bien, pues ya vos entras con violencia” (Paola), la violencia se asume como respuesta aceptada al interior del grupo para contestar al comportamiento del contrincante o al comportamiento desviado del integrante, siempre el estímulo debe considerarse opuesto pues como señala Paola “si me confrontan yo voy a reaccionar”, la reacción se avala en la medida que el estímulo se oponga a los intereses de la barra brava.

La violencia como desacuerdo extremo:

Otro de los significados hace referencia a la violencia como una manifestación catalogada como extrema, generalmente provocada por un desacuerdo o intolerancia frente a la diferencia con otro u otros, tal como lo expresa Santiago: “toda la vida la violencia se ha visto como un extremo”, “un grado de desacuerdo entre las personas, como intolerancia, llegar a los extremos porque otra persona no piense igual que uno” en esa medida se podría conjeturar que la violencia, más allá de ser una reacción a un evento particular, llámese desacuerdo, diferencia, provocación, emoción, por nombrar algunos significantes mencionados por los barristas, constituye una respuesta desmedida, que de alguna manera

sobrepasa los límites de lo que podría ser una respuesta esperable ante determinadas situaciones, de allí que se nombre como extrema.

La violencia como rasgo con el que se les reconoce:

Se refiere al uso de la violencia como vehículo para que la barra brava se reconozca como agente en una comunidad. De este modo, los sujetos le denotan el carácter de herramienta o mecanismo con el cual se hacen prestigio en una comunidad. Así pues, los sujetos refieren que su barra hace un alto uso de la violencia al constituir lo que les reconoce como barras bravas, el rasgo que les caracteriza como tal. Ser violentos es el rasgo que les identifica y propicia que sean “la barra más respetada” (Julian).

Los participantes indican que la violencia constituye un patrón comportamental consistente en el proceder de una población o comunidad, por ejemplo Santiago dice que “La violencia puede ser hasta la forma de vida de una persona, el estilo de vida de una persona” ésta demarca el estilo con el cual ciertos grupos poblacionales se vinculan con demás actores del espacio social; aunque puedan vincularse de otras formas, la relación beligerante les caracteriza, de modo que la agresividad se convierte en el factor por el cual se les reconoce e identifica.

En el mismo orden de ideas Santiago señala que la violencia “es una forma de vivir en Colombia, ya es como costumbre la violencia aquí en Colombia” de este señalamiento se puede entender varias anotaciones, por un lado ratifica lo socialmente compartido del significado violencia como característica con la que se reconoce una población, pues al igual que Santiago, señala que la estilo beligerante es consistente en ciertas comunidades, convirtiéndose en un rasgo identificador, articulando su relato con lo expresado por los demás participantes se explicita que en la praxis individual se encuentran rastros de las

comunidades en las cuales departen los individuos, pues como señaló Mead (1973) la persona no puede ser un objeto marginado de la realidad social en que vive.

En este punto convergen el surgimiento del significado por condiciones socio históricas, el surgimiento del significado en la praxis y el significado de violencia como forma de reconocimiento, pues la sociedad al indicar normas y patrones de comportamiento modula en cierta medida la praxis individual de las personas, por lo que el estilo de ciertos grupos poblacionales posee rasgos de las comunidades con que comparten, así Camilo manifiesta que la violencia “es la forma de sobrevivir hoy en día, ser violento para conseguir las cosas”.

A renglón seguido, los participantes refieren la violencia como rasgo que les identifica, les sirvió de vehículo para hacerse con el capital simbólico, así Paola menciona “El renombre sale, digámoslo así, como de la violencia, fue como un status o un puesto que se ganó por medio del combate con otras hinchadas con otras barras”, de tal modo, el comportamiento violento se convierte en la característica que identifica la barra, a partir del significado que le ha atribuido. Este significado es reproducido por el resto del grupo, pues incluso los jóvenes lo replican “de las barras son de 16 o 15 años entonces con mucha más gente se crecen, se creen dios, pegándole una puñalada a alguien, quitándole lo que tiene”, la violencia se convierte en una característica representativa de su comportamiento y en esa medida, en un rasgo con el cual se les reconoce como barras bravas y les otorga prestigio. Santiago asevera lo anterior diciendo que la confrontación con el adversario se da incluso “por un nombre”.

Al igual que en anteriores significados, ocurre una simbiosis entre el significado y violencia, en este caso particular la violencia se convierte en una característica

representativa en la comunidad barra brava, en función de lo cual los comportamientos de la barra brava concernientes a este objeto social son modulados por este significado, ello se arraiga en el interior de la barra a tal punto que Santiago plantea al preguntársele por la concepción de violencia en la barra “La usa mucho, es la barra más respetada”.

SURGIMIENTO DEL SIGNIFICADO DE VIOLENCIA

Para hablar del surgimiento del significado o más bien de los significados de la violencia en una barra brava se utilizó la propuesta teórica del interaccionismo simbólico.

El sujeto al nacer viene predispuesto como organismo para percibir el medio en que se encuentra inserto, es decir, el organismo si bien nace posee la potencia perceptiva; la cual comprende desde el ámbito sensorial hasta el social. Así, el sujeto es concebido como un proceso en el cual se convierte persona: capta del medio, del proceso social y el otro generalizado las pautas de comportamiento, tomándolas como indicaciones en el proceso formativo, sin embargo no basta con ello, se debe aunar la réplica propia de sí mismo tomando las indicaciones y así responder de manera particular manifestándose entonces en una conducta dentro del proceso social, tal respuesta hace crecer el proceso social, pues le enriquece con su particularidad.

Semejante a lo anterior, se observa como los integrantes de la barra brava refieren tres afluentes de los cuales toman el significado, a saber son: **la familia, el líder o referente y el proceso histórico social**, estos desde el interaccionismo simbólico serían el otro generalizado que contienen el proceso social y que dan indicaciones al sujeto. El último afluente que los sujetos refieren es la praxis propia, la cual la cual sería para Mead (1973) la respuesta que hace el sujeto hacia las indicaciones del otro social. Se da entonces

sentido a las referencias dadas por los participantes, pues con ello indican que los integrantes de la barra brava toman los señalamientos del proceso social para adecuarlos a la situación en que se encuentran, generando un comportamiento respuesta particular a ella.

Al referir **condiciones familiares**, se señala el núcleo familiar como espacio en el cual se transmiten pautas comportamentales, como también el sitio donde se empieza a significar el mundo; el infante toma allí contacto con la realidad, las indicaciones que realicen las figuras paternas son de gran influencia, tanto es así que varios de los sujetos refieren que el gusto por cierto equipo de fútbol fue indicado por sus padres, incluso la primera asistencia al escenario deportivo se realizó con alguna de las figuras paternas. Tal cual fue el caso de Santiago “ Yo empecé yendo con mi papa, y entonces vivíamos todos juntos, mi papá se separó con mi mamá, y de ahí yo me conocí con unos amigos, hice amistades, me dijeron que me hiciera con ellos, empecé a viajar, ya empecé a dar puñaladas, y ya esa es la vida de un barrista”, de este relato puede deducirse que la desestructuración de los hogares se convierte en un factor que contribuye a la emergencia del comportamiento violento en el joven, pues la ausencia o discontinuidad de una de las figuras hace que falte en los hijos la supervisión, apoyo y una fuente de imitación constante y coherente (Scandroglio, 2004). Aunque cabe señalar que no siempre las experiencias familiares difíciles a temprana edad, traen como consecuencia conductas violentas, así como tampoco la emergencia de estas está siempre ligada a eventos traumáticos.

De tal modo, lo que acontece en el núcleo socializador primario se convierte en un factor que sumado a otras variables, condicionan un patrón comportamental en el individuo, pues allí la persona inicia su formación y toma como referencia los significados que allí circunden. “la familia al ser violenta, el papa y la mama se violentan, entonces los hijos van

viendo el ejemplo, todo eso, entonces ellos creen en un mundo violento y salen al mundo sin importarles nada” (Sebastian), Lo anterior es un claro ejemplo de lo que se viene discutiendo, pues el sujeto refiere que la violencia y el significado que se le asigna a ésta en la familia se transmite directamente hacia los demás integrantes, en este caso los hijos que presencian el comportamiento violento. Los infantes o jóvenes inmersos en situaciones de violencia intrafamiliar, tendrán como referencia este comportamiento, por lo que puede encontrarse una alta probabilidad de respuesta similar por parte de ellos.

Sumado a lo anterior, los espectadores de violencia familiar, son testigos de la legitimación de este comportamiento en la resolución de conflictos, pues las personas referentes (padres), han validado tales acciones, lo que termina influyendo en una posterior repetición del mismo, lo anterior queda constatado en la manifestación de comportamiento que hace el sujeto en su familia, pues al preguntársele por el uso de la violencia refiere que la ha implementado “por falta de oportunidades, mire yo tengo dos hijas y por falta de trabajo uno pelea con la mujer, hay ya chupan los hijos” (Sebastian).

Scandroglio (2004) habla que la exposición de los hijos a la violencia parental o familiar aumenta la posibilidad de reproducción de tales conductas, pues funciona como factor predisponente que sumado a las otras variables puede precipitar la conducta violenta en un futuro. Lo que brinda elementos explicativos a la situación anteriormente citada.

La transmisión de significados de la familia al infante, y en especial sobre la violencia, termina por corroborarse al escuchar que “yo digo que todo es como se estigmaticen las cosas, o sea como, como nos enseñen a verlas desde pequeños” (6:4). Así, las indicaciones dadas en el núcleo socializador primario, familia, y los significados que allí se transfieran, demarcan un curso en el comportamiento del sujeto, pues si bien hay una

significación propia, se está teniendo como punto de referencia el cúmulo de significados y comportamientos que allí se manifiestan, por tanto dejarán huella en los comportamientos del sujeto y en la interpretación que haga de los objetos sociales.

En las entrevistas realizadas se hace alusión a la familia como un primer contexto en el que se han observado y experimentado actos de violencia, que terminan siendo aprehendidos por quienes los presencian o hacen parte de ellos y posteriormente replicados en otros contextos sociales, lo cual resulta llamativo, teniendo en cuenta que desde el ideal la familia “constituye el compromiso social más firme de confianza, protección, apoyo mutuo y amor que existe entre un grupo de personas” (Rojas Marcos, 2005 citado en Alonso y Castellanos, 2006).

No obstante, resulta ser un lugar cuyos habitantes experimentan con frecuencia eventos violentos, razón por la cual, Gelles (1993) la ha definido como “la institución social más violenta de nuestra sociedad, exceptuando el ejército en tiempos de guerra”. (citado en Alonso y Castellanos, 2006, p.17). Situación que se torna aún más compleja cuando se tiene en cuenta que es precisamente la familia el primer entorno social en el que el individuo se desarrolla y del cual obtiene los modelos a partir de los cuales podrá guiar su conducta posterior.

Al profundizar más en la pregunta de por qué el núcleo socializador primario puede llegar a constituirse como un entorno en el que se vivencia y aprende la violencia, se han señalado dos factores que propician la aparición de la violencia en la familia: la carencia de recursos (económicos, habitacionales, laborales, sociales, etc.) y las dificultades emocionales (empatía, frialdad emotiva, problemas de identidad y autoestima, etc) (Milner, 1999, Gracia, /Musitu, 1993 Pérez/de Paul, 2002 citado en Alonso y Castellanos, 2006).

Factores que, podría decirse, involucran aspectos sociales o colectivos, con características individuales, que dan por resultado conductas y estructuras de personalidad particulares. De hecho, al caracterizar a ésta como grupo social, se pueden encontrar en esta aspectos que permiten propiciar tanto factores de protección como de riesgo en las familias, tales como: pasar mucho tiempo juntos, el nivel de implicación emocional de sus miembros, diversidad de actividades e intereses, las formas de gestionar conflictos que se aprenden, el derecho a influenciar, diferencias de edad y sexo, asignación de roles, privacidad, pertenencia involuntaria, formas de gestionar el estrés que se aprenden, y el conocimiento profundo de la biografía de cada miembro (Gelles, 1997 citado en Alonso y Castellanos, 2006).

Dadas estas características que en conjugación con otros múltiples factores pueden desencadenar la violencia en el entorno familiar, existen autores que han abordado el tema de la transmisión intergeneracional de la violencia familiar, aludiendo al término “ciclo de la violencia” como uno de los principales factores relacionados con la ocurrencia del maltrato infantil y de la violencia conyugal, por mencionar algunas tipologías, a partir de estudios que al respecto se han realizado (Gómez y de Paúl, 2002 citado en Alonso y Castellanos, 2006) de los cuales se afirma que presenciar situaciones de violencia familiar, especialmente por niños, representa uno de los principales factores de riesgo para repetir estas conductas cuando crezcan, constituyendo así un predictor para la aparición de problemas cognitivos, emocionales y conductuales, tanto a corto como mediano plazo, al ser las pautas transmitidas de padres a hijos, fundamentales en la modulación de conflictos internos de los hijos. (González 2003 citado en Alonso y Castellanos, 2006).

En el trabajo de Ulloa, 1996 en el cual se aborda la violencia familiar y el impacto en niños y adolescentes, se mencionan algunas hipótesis explicativas del maltrato infantil,

como una de las formas que toma la violencia en el entorno familiar, entre las cuales cabe destacar las que tienen en cuenta los factores culturales, circunstancias agobiantes y los factores socioeconómicos implicados en el maltrato, en tanto son mencionados por varios de los sujetos entrevistados. Respecto a los factores culturales, se señala cómo las familias constituyen entornos que comparten un conjunto de valores y pautas de conducta que regulan la convivencia, como lo es el castigo físico como método para la educación y la crianza de los hijos, con la subvaloración de métodos de crianza que no implican violencia, y los efectos que en términos del aprendizaje social de conductas agresivas implican dichos métodos en los niños y adolescentes (Ulloa, 1996).

Las circunstancias agobiantes hacen referencia a determinados eventos traumáticos persistentes que exceden la capacidad de tolerancia y adaptación de las personas, llevándolas eventualmente a reaccionar agresivamente con su familia. (Ulloa, 1996). Por su parte con los factores socioeconómicos se expresa como la insuficiencia de recursos sociales y económicos en la familia pueden generar tensión en esta y en consecuencia llegar a considerar a los niños como una carga (Ulloa, 1996). Todos estos factores pueden verse reflejados en las entrevistas, en expresiones tales como: dando cuenta de diversas condiciones que propician conductas violentas en la familia, y que posteriormente se verán reflejadas en las construcciones que sobre la violencia elaboran los sujetos a lo largo de sus vidas.

En cuanto a las consecuencias de la violencia familiar en los niños, en el mismo trabajo se habla de efectos físicos, psiquiátricos y sobre el desarrollo, a corto plazo, o la transmisión intergeneracional de la violencia, aumento de la criminalidad y otras implicaciones psicosociales a largo plazo (Ulloa, 1996).

No obstante, no es posible afirmar de manera tajante que la vivencia de maltrato infantil esté inevitablemente relacionada con una conducta violenta posterior, dado que entran en consideración el apoyo de otros miembros de la familia, la inteligencia y la herencia, la naturaleza del maltrato, el sexo y la edad (Ulloa, 1996).

A su vez, se plantean correlaciones entre violencia familiar y el posterior consumo de drogas y alcohol, que suele aparecer en como medio para mitigar el estrés psicológico, baja autoestima, depresión y ansiedad (Vaca, 2008).

Actualmente la familia es considerada como una de los grupos sociales más violentos, siendo más probable que una persona sea violentada en su propia hogar que en otro sitio (Gelles y Strauss citado en Vaca, 2008) de modo que para quienes han sido víctimas y testigos de la violencia familiar, esta puede convertirse en una forma de vida, y tornarse aceptable, facilitando el ciclo de abusos a través de las generaciones (Vargas y Ramírez 1999 citado en Vaca, 2008).

La praxis misma configura un significado tomando el universo simbólico transmitido por el otro generalizado. El individuo, no puede ser una apóstasis de la realidad, pero no por ello implica que sea una mimesis pasiva del proceso social (Mead, 1973), es así que la persona en cuanto sujeto social no es un reflejo de los antagonismos de clase, o en palabras de Duncan (2015): las condiciones estructurales de exclusión social no implican directamente la emergencia del conflicto y las violencias. Con lo anterior se quiere decir que el individuo y su comunidad han tomado los significados que circulan en el universo simbólico y les han interpretado, particularizando de este modo sus significados a la realidad que atraviesan.

Para Mead (1973) hay una sociogénesis de la persona, en su concepción, el otro generalizado o la comunidad de significado se interioriza para que emerja la persona propiamente, esto sucede en forma de una progresiva organización o proceso, así la persona surge a partir de la inter-acción social; hay una reacción individual pero al tiempo sucede dentro de una comunidad de significados. Por tanto, se habla de un proceso formativo de la persona, en el cual se reformulan concepciones y se adaptan al quehacer para dotar de sentido sus comportamientos, a medida que se reformulan tales significados, la praxis de la persona se reordena, modulando su comportamiento.

Santiago refiere que “siempre era como el desacuerdo o defendiendo algo, sea que uno tenga la razón o no, se está peleando por que se está seguro de lo que está haciendo”. Tal relato permite deducir que los sujetos alrededor de su praxis esgrimen un argumento, la seguridad que refieren sobre su acción hace suponer que el significado construido alrededor del objeto social violencia ésta consolidado y por lo cual modulan su comportamiento, sin embargo no queda claro la forma como emergió ese significado.

En distintos relatos puede constatarse que el comportamiento ha supuesto un grupo de refuerzos para los individuos y para el grupo que pertenecen, por ejemplo el prestigio; Sebastian dice que “está llegando mucha gente a la barra, entonces buscan que le digan ese si es parado”, así entonces puede suponerse que el comportamiento violento en su ejecución y posterior refuerzo ha configurado a la vez un significado sobre la violencia. Por tanto se dice que en el accionar mismo ha emergido un significado sobre la violencia que modula el comportamiento de los integrantes de la comunidad, hay una relación dialéctica entre la praxis y el significado, pues ambas se modulan mutuamente, pues a medida que circundan en un universo de significados, toman estos y reordenan los que van consolidando A

renglón seguido puede entenderse cómo surge el significado de la violencia desde la propia praxis, pues los participantes toman los significados del universo simbólico y los median con su experiencia particular, generando de ello la consolidación de un nuevo significado adecuado a sus particularidades. Santiago alude a ello en lo siguiente: En Suramérica sabemos que los argentinos son los pioneros en el tema, y ellos en sentido por una indignación personal, la guerra de ellos era con los ingleses, entonces me imagino que desde allí viene la violencia. Y también allá, porque las barras se empezaron a ver como un negocio, pero yo digo es más por el sentido de pertenencia, de decir que nosotros somos los más locos, los más borrachos, porque es que así son los barra.

Puede pensarse que ésta comunidad toma como referente un grupo similar al propio, comparte significados y pautas de comportamiento, sin embargo hace interpretación y construye un sentido propio que le servirá para modular su comportamiento; significa desde el universo simbólico compartido su situación de manera particular.

El ejemplo a seguir, de este modo los sujetos también adquieren su significado en torno a la violencia. El significado que asigna el **líder** al comportamiento violento, es absorbido y reproducido por los demás integrantes de la barra. Sucede lo mismo con el grupo de referencia, del cual se toma su significado y se adapta al contexto de la barra local. Así al preguntársele de dónde nace ese significado y comportamiento uno de los sujetos responde “ De los más viejos, de los que fundaron la barra, porque para usted ser de la barra tiene que ser parado y también eso es innato” (Sebastian), como el núcleo socializador primario, los referentes del grupo; por antigüedad, poseen ya unos significados contruidos colectivamente en torno a la violencia por lo que los sujetos que se van adscribiendo al grupo se encuentran en el menester de asumirlos para lograr encajar, tal

referencia se refuerza con lo argumentado por este sujeto pues refiere una transmisión generacional de significado y por tanto la modulación del comportamiento “Entonces digo yo que desde eso empezó la violencia, porque ya las otras generaciones son violentos, desde que se conocen son violentos los barras bravas” (Santiago).

El líder por tanto juega un papel crucial en la transmisión de significados, pues su posición le permite validar la manifestación de las adecuaciones que hagan los integrantes del significado transmitido, un participante sugiere que “Porque son pelados que no saben dónde están parados, que es lo que les diga lo que una persona dice, actúan como él actúa, son pelados salvajes. Entonces lo que la persona diga, caen todos” (Camilo), así se termina por corroborar la transmisión de significados por parte del líder del grupo, “si nosotros somos un grupo de 20 y estamos todos juntos y la cabeza dice: bueno, nos vamos... Entonces vamos, es la reacción de todos, seguimos al líder, seguimos la cabeza” (Paola).

De otro lado, lo expresado por esta participante permite ver no sólo la transmisión generacional de un significado de violencia construido colectivamente a lo largo de la historia de la barra brava, sino también la manera cómo operan fenómenos tales como la autoridad, la obediencia o la legitimidad, tan comunes en las formaciones grupales.

Para profundizar en la influencia del líder en el surgimiento del significado de violencia en la barra brava es inevitable abordar el concepto de autoridad, el cual en ocasiones aparece como sinónimo de poder, en tanto se hace referencia a relaciones de mando y obediencia, pero que también han sido teóricamente diferenciados, tal como lo plantea Hannah Arendt, quien identifica el poder con la capacidad humana para actuar concertadamente, inherente a una pluralidad de individuos o a un pueblo, constituyendo una noción horizontal, producto de la unión de individuos, y que se desaparece cuando estos se

dispersan; a diferencia de su noción vertical de autoridad, la cual se caracteriza por el reconocimiento por parte de aquellos a quienes se les pide obedecer, no precisando de coacción ni persuasión de la autoridad (Arendt, 1993 citado en Rivera, 2002). Así pues, la autoridad demanda obediencia e implica una relación jerárquica, de modo que tanto el que manda como el que obedece reconocen la pertinencia de la jerarquía (Arendt, 1996 citado en Rivera, 2002), es decir se da una obediencia voluntaria, ya que si se usa la fuerza o violencia, la autoridad fracasa.

A propósito de tal concepto de autoridad y teniendo en cuenta lo que expresan los entrevistados acerca del lugar que ocupa el líder o cabeza de la barra, podría pensarse en principio, que este ostenta un lugar de autoridad en tanto los demás miembros de la barra reconocen la importancia de la figura del líder para el control y la toma de decisiones en la barra, y parecieran obedecer de manera voluntaria los mandatos o indicaciones del mismo, especialmente cuando estos hacen referencia al combate con otras barras o con otras entidades, como la policía, puesto que el mandato es simplemente acatado, en ausencia de cualquier cuestionamiento, dadas las cualidades para una adecuada toma de decisiones que se le atribuyen al líder que legitiman sus órdenes, tal como lo ilustran las expresiones de Paola:

Pues nosotros llevamos muchos años en la barra y sabemos que está bien y que está mal, que no está bien decir no. y para eso si es de emociones si la cabeza dijo vamos, es por algo, hay un motivo, y ese motivo lo sentimos todos, pa lo bueno y pa lo malo (...) Debe de haber una provocación o si no hay una provocación entonces es el estado de ánimo de nosotros como barra. O sea si nosotros somos un grupo de

20 y estamos todos juntos y la cabeza dice: bueno, nos vamos... entonces vamos, es la reacción de todos, seguimos al líder, seguimos la cabeza.

O cuando se le pregunta a Santiago qué los hace seguir al líder: “Que el man sabe, que es inteligente para pelear, yo sé que es un man que fácilmente no va salir corriendo, porque no es fácil controlar cincuenta locos, drogadictos, ladrones, etc.”.

No obstante, haría falta profundizar lo que sucede en los casos en los cuales algunos miembros de la barra deciden no obedecer, y cómo estos perciben el lugar del líder.

Por otro lado, considerar el lugar del líder de la barra como un lugar de autoridad, podría ser cuestionado, por ejemplo, cuando Paola expresa que en ocasiones, el líder usa la violencia contra algunos miembros de la barra, para corregir comportamientos que se consideran inadecuados al interior de la barra:

Entonces uno como líder le puede decir a alguien, ve mira eso está mal hecho, no te vas a poner a robar, y si el man no lo toma bien, o si el man lo sigue haciendo entonces ya vos entras... pero si el otro no lo toma bien, pues ya vos entras con violencia.. le he hablado dos veces si a la tercera no entiende le pego.

Violencia que si bien, puede estar justificada por el fin que persigue y posiblemente validada por sus miembros, puede ser considerada, a la luz de los planteamientos de Arendt, un índice de déficit de legitimidad por parte del líder (Arendt, 1998 citado en Rivera, 2002).

Al respecto, vale la pena mencionar la distinción propuesta por la misma autora entre justificación y legitimidad. La justificación estaría referida a “un fin que se encuentra en el futuro” y sería inherente a la violencia, dado su uso instrumental, constituyendo un

medio para alcanzar fines justificados. Por su parte, la legitimidad, se basa en una apelación al pasado”, “la reunión inicial o fundación de la comunidad política”, de allí su reconocimiento y el respeto por lo establecido en el pasado. En esa medida, podría afirmarse que, el surgimiento del significado de la violencia proveniente de la figura del líder de la barra, puede sustentarse, por una parte, en la autoridad que le es reconocida por los demás integrantes de la barra, en tanto ente social dotado de atributos necesarios para una adecuada toma de decisiones en la barra, como por la legitimidad que el comportamiento violento ha tenido en toda la historia de la barra, por los fines en los que está justificada, y como ella se perpetúa a través de la figura y antigüedad del líder, aunque entren en cuestión asuntos relativos al grado de coerción ejercida por el líder hacia los demás miembros y cómo es percibido por estos.

La historia social del contexto en el que se desenvuelve la barra brava; lo que para Mead (1973) sería el contexto que enmarca cualquier comunidad, se encuentra repleta de múltiples significados sobre la violencia, sin embargo, unos cuantos son cargados de relevancia social, por ello valorados positivamente y repetidos por los integrantes de la barra brava, pues son los legitimados por el común de la población y resuenan en las barriadas, a ello se refiere Garriga (2014) al plantear que “los valores de la sociedad más amplia los que hacen posible, en algún sentido, la positividad de la violencia en la comunidad de hinchadas”(p.143). Así, un modelo de sociedad y por tanto regente de cultura, se establece como hegemónico y signa un patrón de comportamiento estándar.

El caso particular del contexto histórico colombiano está el conflicto social y armado de vieja data que permea todas las capas de su sociedad, por ende, los sujetos pertenecientes a las barras bravas han padecido también el flagelo que infringe éste,

cambios y exabruptos en el tejido social hacen mella en esta comunidad particular. Los sujetos de las barras bravas también han sido víctimas directas de la conflicto social y armado, como también de la crisis que ha suscitado el modelo económico, político y social instaurado por las dirigencias nacionales. De Zubiria (2015) plantea que no solo el conflicto configuró la realidad social de los colombianos, el modelo económico y político instaurado ordenó el sistema de relaciones sociales rigiéndole por el mercado y el capital. En esta manera encontramos en el relato de Julian referencia a lo anterior:

Pues de chico, lo que se generó en esta ciudad, haciendo énfasis en la violencia que se generó en esta ciudad, pues, los 90. Que uno no podía salir a la calle, que estabas por tu barrio , en tu esquina, y a las 8 de la noche pasaban x o y personas repartiendo panfletos debajo de la puerta de tu casa diciéndole a tu madre que te tenías que entrar por el que estuviera afuera se moría, empezando por esos grupos al margen de la ley que generaban esos conflictos en su época, hoy por hoy, quizá, uno no es el que genera los conflictos pero tampoco es el que pone la solución para el conflicto, más bien uno vive con el conflicto.

El contexto histórico social de las comunidades en las que residen los sujetos de las barras bravas puede catalogarse como una sociedad cada vez más desigual, con altas tasas de desempleo, subempleo y precariedad, con un considerable deterioro en las condiciones de vida, a lo que se suma la expropiación progresiva de derechos políticos y sociales del ciudadano por parte del mercado (De Zubiria, 2015), en el marco de ello Julian plantea lo siguiente:

Por lo menos yo, hablo en primera persona, por inercia ante una situación que a mí me moleste reaccionaria de manera violenta, ¿por qué? Porque de chico viví cosas

que se quedan grabadas en la mente, entonces uno sigue ese ejemplo uno sigue como ese transcurrir de la vida.

En definitiva se encuentran abarcados por un modelo de sociedad que fomenta el conflicto social. No obstante con esto no se quiere abogar por un determinismo de la estructura social sobre el sujeto, más bien por una postura dialéctica en la cual dialogan las condiciones sociohistóricas con las particularidades de las comunidades. Por tanto se sintoniza con lo planteado por Duncan (2015) quien dice que la exclusión no ha sido el factor fundamental para que los jóvenes de comunidades empobrecidas participen de forma activa del conflicto armado, y más bien ha pasado por factores identitarios y de reconocimiento: “no era la miseria la que se experimentaba en el más remoto aislamiento. Era, por el contrario, la miseria que se sentía cuando se vivía cerca de la opulencia” (p.8), lo anterior permite argüir que los sujetos pertenecientes a la barrabrava están insertos en una comunidad de sentido, en la que se disputa por el reconocimiento con los medios que los individuos tengan a su alcance y que sumado al caos mismo que provoca el conflicto social y armado, el contexto se convierte en caldo de cultivo para el significado que hacen los sujetos de la barra brava sobre el mundo y el uso acordado a este.

En conclusión, los sujetos pertenecientes a la barra brava refieren que el contexto social en el que crecieron demarcó en sus comunidades y barra, significados en torno a la violencia, los cuales acordaban con una cultura hegemónica, en consecuencia se habilitaba la reproducción de los mismos y sostenimiento, a la vez que se convertía en el modelo referente para los jóvenes.

En relación a lo anterior, podría plantearse que al hablar del surgimiento de la violencia en la barra brava, en relación al contexto histórico social, no sólo está en juego la

adopción de conductas violentas provenientes de diferentes contextos a los que los miembros han estado expuestos, sino que se puede pensar en cómo el contexto social en el que se vive ha permitido una validación de la violencia, o cuando menos de algunas de sus manifestaciones, lo cual está matizado por los significados y creencias que a ellas subyacen. Como lo plantea (Wolfgang y Ferracuti, 1972 citado en Domenach et al, 1981) “la violencia puede convertirse en una manera de vivir, en una forma aceptada de conducta respaldada por los hábitos populares y la moralidad convencional; en otras palabras, una subcultura” (1981); el machismo puede considerarse como un ejemplo.

En el caso de la violencia en el fútbol, y particularmente en las barras bravas, los significados construidos alrededor de la violencia, pueden instaurar incluso la creencia de que incurrir en la no violencia, puede ser para su contexto particular, lo mal visto y lo castigado, por lo que resulta también llamativa para comprender a profundidad en el fenómeno, la forma en que se han dado los cambios progresivos hacia la no violencia en las barras bravas. “Esto permite entender la acción violenta como inserta en las interacciones sociales y en el repertorio de hábitos sobre la resolución de conflictos del grupo social.”

USO DE LA VIOLENCIA

Se puede entender a partir de cuatro grandes usos que dan los sujetos pertenecientes a la Barra brava. Entre ellos se destacan: para adquirir beneficios económicos, para orientar el comportamiento a un referente, dirigido por la emocionalidad y como medio para conseguir el capital simbólico.

Así, **el uso de la violencia para orientarse al referente** se puede esbozar como la organización de comportamientos de los sujetos pertenecientes a la barra, hacia el designio

de un líder; la antigüedad de este en la barra genera para los demás integrantes un espectro de confianza que ratifica la veracidad de su conducta al operar sobre una situación en particular, por lo que su patrón de comportamiento se instituye. Semejante, se encuentra el uso de referencias en la aplicación de conductas en situaciones particulares, esto alude a la imitación, pues el fenómeno de las barras bravas se importa de otros países pioneros en ello, de este modo las conductas y el éxito de las mismas en los contextos de otras barras, sirve de ejemplo para que las barras nacionales lo repliquen en sus realidades, a ello alude Santiago al comentar el surgimiento del fenómeno “eso sale de los hooligans, de los viejos de todas las barras que trajeron esas ideas , entonces, hoy en día toda barra quiere ser la más parada, la que no corra. “, lo que indica vehementemente el papel que juega la directriz del líder o del veterano sobre el comportamiento violento de los demás integrantes. En el mismo orden de ideas Santiago comenta que se trajo “el fenómeno argentino al territorio colombiano”, lo que sugiere el uso de referencias para operar en situaciones particulares.

Concebir el comportamiento violento en función de orientarse hacia un referente supone cimentarse en los siguientes conceptos. El primero de ellos se basa en una relación de poder entre los agentes, la que French y Raven (citados por Barra Almagia, 1998) denomina referente. Tal relación consiste en una identificación del agente con el actor de influencia, de modo que percibe un grado de comunión con este. Para el caso que analizamos, los sujetos se encuentran en comunión con sus líderes, por lo que congracian con las solicitudes que estos les requieren al momento de proceder en el ámbito de la barra. En función de lo último se encuentra el siguiente concepto clave, el líder, definido como alguien que ocupa una posición en un grupo, influencia a los otros de acuerdo con las

expectativas de rol para esa posición, y que coordina y dirige al grupo procurando la integridad y el logro de metas (Barra Almagia, 1998).

Junto al quehacer del líder se encuentra los fenómenos de cohesión y obediencia. Ambos elementos permiten el funcionamiento sinérgico del colectivo, a la vez que aseguran el alcance de objetivos que se proponen. “la cohesión puede ser definida como el grado de atractivo que tiene el grupo para su miembros” (Barra Almagia, 1998, p.135), por ende permitiendo de este modo una articulación efectiva entre los integrantes. Al referir obediencia se piensa en la complacencia con las orientaciones o requerimientos de la figura de poder, para el caso, el referente, Barra Almagia (1998) habla de cuatro elementos que le condicionan: la autoridad debe suponerse legítima, esta asume la responsabilidad de las orientaciones, los agentes se ven a sí mismos como agentes de tal autoridad, la actitud de la autoridad debe apuntar a la obediencia, evitando posiciones que le contraríen.

Todo lo anterior compone un eje del comportamiento violento en función de orientarse al referente. El otro eje sería el denominado grupo de referencia (Barra Almagia, 1998) aquel hacia el cual el sujeto se dirige para comparar, juzgar y decidir acerca de sus opiniones y conductas; tal como refieren los entrevistados, con los grupos de barras en otros países, de modo que el sujeto comparte normas con su grupo pero también replica en él las normas de otros grupos (Barra Almagia, 1998).

El **uso de la violencia para hacerse con prebendas económicas** alude a la obtención de capital económico mediante la fuerza **coactiva** y **coercitiva** que manifiesta la barra o los sujetos pertenecientes a esta, siendo así la violencia sirve de vehículo para obtención de ganancias. Un comentario clave para entender la violencia coercitiva es lo mencionado Julián:

Si vos te ganas el respeto de las demás hinchadas aparte de que bueno, ya te ganaste su respeto van a venir negocios por el prestigio que tienes. Yo también hago negocios con mi club, con mi barra y con otras barras distintas, por eso la relevancia del respeto en las barras bravas.

Allí se visibiliza que la manifestación de la violencia permite al grupo hacerse con el reconocimiento de otros actores, estableciendo vínculos económicos con estos, se usa la violencia de manera coercitiva, en tanto que se mantiene la beligerancia del grupo de manera latente, no requieren in situ manifestación de conductas violentas para establecer una relación económica, tal latencia genera un espectro persuasivo en los demás actores vinculados al evento deportivo, que ratifica el lazo económico que se establece. El uso coactivo se puede entender como el uso *in situ* de la conducta violenta, en tanto se agrede al sujeto objeto para obtener de él capital económico, en tal situación se mezclan distintas condiciones, “Hay personas que lo hacen por necesidad, porque les toca hacer de todo” (Camilo).

Las formas anteriores de usar la violencia se orientan a la obtención de recursos económicos que satisfagan requerimientos que la barra, como cualquier organización genera, así la actividad económica para la barra posee gran relevancia pues el sostenimiento de toda una estructura en la cual confluyen cantidad de sujetos requiere de distintos recursos y entre ellos está el económico, el estipendio y la cobertura de gastos que generan las actividades de la barra, los desplazamientos y eventos que organice, y demás actividades, generan un gasto que debe ser satisfecho con los ingresos que posea la organización. Cabe entonces hablar de formas de financiación de la barra brava, entre ellas está la captación de recursos entre los integrantes, las caridades que hacen tanto el equipo

de fútbol como demás asociaciones y demás actividades. En cuanto tal, una de las formas de captar recursos por parte de los integrantes es el uso mismo de la violencia, en acciones tales como el robo o el expendio de sustancia psicoactivas, teniendo en cuenta que si bien en las barras bravas participan jóvenes pertenecientes a distintos estratos económicos, gran parte de ellos evidencian escasez de recursos, de modo que incurren en actos delictivos para financiar su participación en viajes u otros eventos organizados por la barra.

El **uso de la violencia dirigido por la emocionalidad** se puede entender como un mecanismo de "descarga" pulsional, por medio del cual el sujeto, cuyo estado anímico configurado por diversos factores le dispone a usar la violencia, toma a ésta como vía ideal para exorcizar dicho estado, el cual es producto de diversas emociones. En últimas usa la violencia para lograr un equilibrio emocional, tal cual lo indican expresiones como “ ya por ejemplo uno se le quita el estrés sea tirando droga o pegando puñaladas, es como una forma de desestresarse y sacar todo lo negro que tiene dentro” (Sebastian), o también “La violencia, siempre ha habido violencia, por ejemplo a mí en la final del 2002 me tocó ver violencia contra otra barra, pero fue por desatar esa misma rabia de que habíamos perdido ese día” (Cristian). En el ámbito que se desenvuelve la barra, los sujetos encuentran facilidad para expresar esa emocionalidad por distintas vías, tales como, el despliegue cultural o la violencia, los cuales constituyen actividades que generan un gusto cautivador para el sujeto. Muestra de ello son expresiones como:

Uno mantiene ansioso por ese momento, y cuando sucede uno estalla, y personalmente, es como una terapia, yo lo tomo como una terapia, porque yo voy, me desquito, toco como un loco, canto, yo cuando estoy en el estadio y hago eso, yo digo que ahí están saliendo mis malas energías, yo lo veo así. (Santiago).

Tanto el efecto catártico logrado a través del uso de la violencia, como algunas reacciones emocionales producto de esta, las cuales resultan agradables al sujeto, refuerzan la implementación del comportamiento violento. Así pues, al preguntársele a uno de los participantes si hay un elemento de gusto por la violencia, este responde: “Sí, hay emociones que uno disfruta. -¿Todo ese comportamiento violento te lo enseñaron los viejos? -Si, y es lo que le gusta a uno, y uno se siente bien corriendo a los sureños” (Sebastian).

Los participantes de esta investigación refieren el uso de la violencia vinculado a la emoción, el cual toma diversas expresiones y acontece en diferentes contextos. No obstante, pueden identificarse dos grandes formas de vínculo entre la emoción y la conducta violenta. Una de ellas consistiría en una forma reactiva o circunstancial; en la cual el sujeto efectúa la conducta violenta en respuesta a la situación. La otra forma consiste en una descarga emocional que realiza el sujeto en el marco del encuentro futbolístico, de modo tal que el sujeto viene con una carga emocional de otros ámbitos de su cotidianidad que puede encontrar en la conducta violenta una vía de descarga.

Para la primera forma, se observa en el testimonio de Cristian quien recuerda que después del fracaso de su equipo en un partido crucial, se generalizó la rabia entre los asistentes, por lo que algunos la emprendieron contra los seguidores del equipo contrario, Elster (2010) sugiere que la relación existente entre emoción y acción es de una tendencia hacia la acción de manera imperiosa, a la luz de lo cual, podría entenderse cómo la emocionalidad suscitada en un evento deportivo provoca conductas en sus espectadores. Dicha relación entre emoción y acción es sostenida por diferentes autores que expresan que

las emociones están orientadas a la acción, incluso Darwin las consideraba protacciones (Bericat, 2000).

No obstante, cabe agregar que tal tendencia a la acción se modula a través de la experiencia y la implementación de reglas culturales (Cirami, 2013). Es el caso de provocación que comentan Santiago y Paola, quienes al igual que los demás espectadores del encuentro futbolístico se condicionan por las emociones que afloran con el partido de fútbol, sin embargo su respuesta se hace particular, es decir, usan la violencia, es debido a la interpretación que tienen en base al cúmulo de significados que circundan en el microsistema simbólico, de modo que consideran que al ser provocados por los fanáticos del equipo contrario están siendo invitados a responder de manera violenta, caso distinto con demás espectadores que interpretan tal provocación como un acto folklórico sin demás repercusión.

La siguiente forma de vínculo entre conducta violenta y la emoción se refiere al uso de la violencia para lograr un equilibrio emocional, tal como lo expresa Cristian cuando asegura descargar las emociones negativas mediante el uso de la violencia logrando así una homeostasis consigo mismo, así como también, Sebastian al manifestar que al comportarse de forma violenta expulsa lo negativo o la carga emocional que lleva consigo. Al respecto, explica Cirami (2013) diciendo que las emociones son reacciones automáticas en circunstancias específicas, orientadas a regular el proceso vital y promover la supervivencia, entonces se concibe la emoción como un “un proceso homeostático” (p.83).

A tal explicación se le articula la concepción vigotskiana la cual supone el surgimiento de las emociones como respuesta al desequilibrio entre organismo y medio (González Rey, 2000). De tal manera que, esta forma de vínculo entre acción y emoción en

los sujetos de la barra brava se entiende como un proceso que busca el equilibrio emocional en el sujeto, el cual en el caso particular de los barra bravas se logra a través de acciones, que en muchas ocasiones son de carácter violento.

Cabe señalar que “ las emociones están cargadas de significado, de sentidos anclados en unos específicos contextos socio históricos” (Bericat Alastuey, 2000 p. 160) se habla de una dimensión normativa la cual profiere un suerte de normas emocionales que indican una respuesta emocional apropiada según la ocasión y la forma de cómo ha de expresarse (Bericat Alastuey, 2000), de este modo la conducta violenta invitada por la emoción, se encuentra enmarcada en un conjunto de significados, que indican la propiedad y legitimidad de tal comportamiento como respuesta a tal invitación o estímulo emocional, siendo así se entiende entonces la regulación que hablan algunos sujetos sobre la expresión de ciertas emociones, tales como el miedo, pues esta conlleva una carga de significado referente a la cobardía en el caso de la barra brava.

Ligado a las dos formas anteriormente planteadas en las cuales se relaciona el uso de la violencia con la emoción, podría hacerse mención de la diferenciación entre agresión reactiva y agresión instrumental. La primera se refiere al uso de la agresión como respuesta ante una ofensa real o percibida. La segunda, agresión instrumental o proactiva, no está precedida de ninguna ofensa, sino que es usada como un instrumento para conseguir un objetivo, ya sea material o simbólico. Es decir, que la diferencia entre ambos tipos de agresión, responde, entre otros aspectos, al grado de impulsividad implicado en la conducta agresiva. Así pues, la agresión reactiva estaría precedida por la rabia, la frustración o la provocación directa, mientras que la instrumental sería un comportamiento premeditado, calculado y muchas veces carente emociones (Kenneth, 1991 citado por Chaux, 2003),

aunque existen autores que cuestionan dichas afirmaciones, en tanto expresan que en ambos tipos de agresión podrían presentarse diferentes niveles de planeación e impulsividad, poniendo de ejemplo la venganza como comportamiento premeditado que puede estar motivado por una reacción a una ofensa, o el ladrón que de manera instrumental roba en una oportunidad que se le presenta como espontánea (Bushman y Anderson, 2001 citado por Chaux, 2003).

En las narraciones de los entrevistados también es posible encontrar conductas agresivas que pueden compararse ya sea con la agresión reactiva o con la instrumental. Respecto a la primera, resulta ilustrativa la entrevista de Julian, el cual en su definición de la violencia expresa que es “una reacción de forma agresiva e inconciente debido a diferentes situaciones, a distintos enojos que puede vivir una persona”, situaciones que aluden tanto momentos de conflictos, como a aspectos culturales e ideológicos: “una situación que genere violencia puede ser un intercambio de palabras que no le agrada a una de las dos personas, pueden ser diferentes pensamientos, ideologías, formas de pensar, politiquería”. Además posteriormente agrega un componente de aprendizaje “la cultura misma lo hace a uno ser violento”, “La cultura es lo que uno ve día a día, desde tu crecimiento, desde las perspectivas desde cómo te criaste, el lugar en el que estudiaste hasta el lugar en el que viviste, con las que te relacionaste, eso para mí es la cultura”, y finalmente un componente de impulsividad cuando se le pregunta si todos reaccionan de manera violenta:

No sé si todos, pero por lo menos yo, hablo en primera persona, por inercia ante una situación que a mí me moleste reaccionaria de manera violenta, ¿por qué? Porque de

chico viví cosas que se quedan grabadas en la mente, entonces uno sigue ese ejemplo uno sigue como ese transcurrir de la vida (Julián).

De tal manera que, desde la forma como Julian percibe su propia conducta violenta, esta sobrevendrá en respuesta a una situación particular, y ocurriría, en sus mismos términos, por inercia, dando cuenta de una reacción más automática o espontánea que premeditada, y asociada evidentemente a emociones negativas.

Respecto a la agresión instrumental, Paola hace mención de que si bien generalmente la conducta agresiva responde a una provocación, esta no siempre es necesaria ya que en ausencia de provocación puede darse por mandato del líder, tal como se señaló en el apartado anterior dirigido al uso de la violencia para orientarse al referente. Dicho de otra manera, se da un uso instrumental de la agresión cuando no hay provocación directa, más aún cuando tal reacción está avalada o legitimada al interior de la barra:

Debe de haber una provocación o si no hay una provocación entonces es el estado de ánimo de nosotros como barra. O sea, si nosotros somos un grupo de 20 y estamos todos juntos y la cabeza dice: bueno, nos vamos... entonces vamos, es la reacción de todos, seguimos al líder, seguimos la cabeza (Paola).

Sin embargo, aunque no hay una provocación, ello no implica necesariamente ausencia de emociones. Al respecto, Paola manifiesta:

Puede pasar, no falta el que no sienta lo mismo. Pues no falta el que no tenga o no piense lo mismo que uno. Pues nosotros llevamos muchos años en la barra y sabemos que está bien y que está mal. Que no está bien decir no. y para eso si es de

emociones, si la cabeza dijo vamos, es por algo, hay un motivo, y ese motivo lo sentimos todos, pa lo bueno y pa lo malo.

Podría conjeturarse, desde lo expresado por Paola, que existe algún tipo de emoción o emociones generalizadas en la barra, que más que estar provocadas desde afuera, podrían ser producto del efecto colectivo o de masa que genera la pertenencia a la barra, o en ausencia de emociones que lleven a la agresión, ésta puede ocurrir motivada por un “deber ser” de la barra de obedecer el mandato de la cabeza o líder.

Por otra parte, Paola también hace mención de otro posible uso instrumental de la agresión en la barra, no dirigido al oponente (barra de otro equipo o policía) sino empleado al interior de la barra a modo de mecanismo de regulación de la misma:

Nosotros tenemos un método, un sistema de manejar la barra entre nosotros, interiormente, pero la gente lo puede ver mal visto. Un ejemplo, nosotros hemos estado tratando de cambiar un estigma violento del que te hablaba ahorita, del reconocimiento. Uno trata de pronto de cambiar un poquito, es que nosotros no somos tan así, pues un poquito menos, (risas). Entonces uno como líder le puede decir a alguien, ve mira eso está mal hecho, no te vas a poner a robar, y si el man no lo toma bien, o si el man lo sigue haciendo entonces ya vos entras.. Pero si el otro no lo toma bien, pues ya vos entras con violencia, le he hablado dos veces si a la tercera no entiende le pego. Y si una persona ajena a la barra, como hincha normal, ve que vos le estas pegando a otro va a decir, no vea como lo aporrearon, sin saber por qué. Para nosotros está bien visto porque lo estamos reprendiendo, otra persona que no es de la barra lo va a ver mal.

Es decir, que la violencia empleada al interior de la barra, puede considerarse como una forma de ejercer control sobre el comportamiento de la misma, legitimada y no necesariamente reactiva.

Así como ocurre en el testimonio de Paola, es posible encontrar ejemplos tanto de un uso reactivo como instrumental de la violencia en los demás testimonios de las personas entrevistadas. No obstante, podría conjeturarse que si bien, desde lo individual pueden encontrarse respuestas reactivas o instrumentales, es difícil establecer una separación tajante entre ellas, puesto que pareciera que la implementación de la violencia de la barra como un todo, no pudiese desligarse de un uso instrumental. Esta hipótesis podría sustentarse con la posibilidad de que la agresión reactiva esté relacionada con rasgos relativamente estables de la personalidad, y la agresión instrumental parece depender de los incentivos del contexto, así como también, que mientras la agresión reactiva parece predecir violencia en las relaciones íntimas, la agresión instrumental parece predecir una violencia más relacionada con actividades de grupo como las pandillas (Chaux, 2003).

En lo que concierne a las diferencias individuales, hay estudios que abordan la relación entre los estilos de afrontamiento en la resolución de problemas y el manejo de las emociones, con la conducta agresiva, teniendo en cuenta también variables como la edad (Mestre, Samper, Tur-Porcar, Richaud y Mesurado, 2012). Dichos estudios indican que los adolescentes con respuestas menos agresivas utilizan estilos de afrontamiento centrados en la resolución del problema y la relación con los demás, mientras que los adolescentes con respuestas más agresivas utilizan un afrontamiento improductivo, como puede ser ignorar el problema o preocuparse por reducir la tensión, afrontamiento al que se relaciona a su vez con la falta de empatía y la inestabilidad emocional. Así pues, las personas con mayor

estabilidad emocional tienden a la planificación de la acción, actuando de manera eficaz en el afrontamiento de los problemas, y siendo más probable que experimenten empatía en lugar de malestar personal (Eisenberg, 2000 citado por Mestre, Samper y Frías, 2002), mientras que las personas más impulsivas se les dificultaría la resolución de estos por la precipitación de las respuestas, un menor control atencional y un uso inadecuado de estrategias de tipo analítico (Bermúdez, Teva & Sánchez, 2003) citado por Mestre et. al., 2012).

Tales planteamientos, cobran sentido a la luz del reconocimiento que los entrevistados hacen de la existencia no sólo de motivaciones referentes al amor por el equipo, la dinámica de la barra brava y el capital simbólico obtenido a través del uso de la violencia, sino también de aspectos individuales referentes a las diferencias en los tipos de reacciones sean violentas o no, el disfrute que algunos obtienen de estas, y el contexto sociocultural al que se encuentran inscritos desde temprana edad.

Los sujetos pertenecientes a la barra brava refieren **el uso de la violencia en función de alcanzar el prestigio o reconocimiento.**

A grosso modo, usar la violencia para buscar el reconocimiento, es para los participantes, posicionarse dentro de la estructura grupal e incluso escalafonar al grupo mismo en un rango que se ha estipulado en la comunidad de hinchadas. El uso de la violencia se legitima en tal comunidad, pues entre ellos, se le ha conferido valor, además que ha sido funcional en la adquisición de capitales o en la solución de problemáticas. Mientras tanto, otros grupos asistentes al escenario deportivo, distintos de las barras bravas, como lo son la policía o barras normalizadas, contrarían con tal validación, a la vez que desprestigian y reniegan sobre tal comportamiento.

Garriga Zucal (2009), ya había hecho mención sobre ello, arguyendo que la legitimidad de la violencia entre las barras bravas se da en la medida que se encuentra inserta en el universo simbólico que definen los sujetos que pertenecen a estas; como lo mencionamos ya, la violencia es valorada dentro de la comunidad de hinchadas. en este orden de ideas, Blumer (1982) indica, que el significado que tienen los sujetos sobre los objetos sociales, viene a configurar su comportamiento en relación a ellos, de modo que los significados que poseen los sujetos de la barrabrava dotan de legitimidad el uso que dan a la violencia y define un modo de operar con esta.

Según lo referido por los participantes, usar la violencia en esta modalidad, alude a implementar la violencia como estrategia para conseguir el reconocimiento por parte de los demás actores o grupos presentes en el evento futbolístico, o dicho de otro modo, obtener el “respeto” de estos, en esta medida, les sirve para diferenciarse de demás personas que asistan al espacio en que departen. Tal estrategia permite a los sujetos identificarse como parte del grupo y a la vez conseguir el reconocimiento de los integrantes del grupo y demás actores ajenos al colectivo; como lo son otras barras, policía y demás asistentes al encuentro futbolístico. El uso de la violencia para lograr el reconocimiento, es posible identificarlo en comentarios como: “¿Alguna vez has usado la violencia sin provocación? Sí, por demostrar ese poder, el peso de la barra a la que uno pertenece” (Santiago) allí se ve la instrumentalización de la violencia para conseguir el reconocimiento de otros actores y reforzar la identificación con el colectivo al cual pertenece, tal como éste otro sujeto indica “¿Para qué usan la violencia las barras? Para identificarse, somos estos y esto” (Camilo). En este orden de ideas, el uso de la violencia permite al grupo conseguir el estatus o respeto, dotando a las conductas violentas de un sentido y un objetivo que permite

comprender la lógica de tales manifestaciones, “El renombre sale, digámoslo así, como de la violencia (risas). Fue como un status o un puesto que se ganó por medio del combate con otras hinchadas con otras barras” (Paola).

Cabe señalar que ese reconocimiento alcanzado no se conserva de manera estática, sino que se produce en el intercambio con otros grupos mediante el uso mismo de la violencia, ello queda explícito al preguntarse por el uso que se le da a la violencia: “Nosotros como barra, defender un nombre, defender un equipo, sus colores, defender una identidad, una historia” (Santiago). Así entonces, operar de manera violenta permite a los participantes diferenciarse con demás actores, a la vez que entre las comunidad de barras les recubre de “respeto” pues se valora y avalan este tipo de comportamientos, inclusive es considerado como parte fundamental en el escalonamiento de la barra, tal como se evidencia en la siguiente expresión: “yo pienso que el uso de la violencia desde los años 1998 hasta el 2012 fue muy necesaria para nosotros progresar. No estoy hablando de progresar como personas, ni económicamente ni familiarmente, estoy hablando de un progreso de barra, darnos a conocer y por hoy tener el respeto que tenemos” (Julian).

El uso de la violencia en búsqueda de reconocimiento obliga a pensar sobre las luchas por la distinción que de él devienen, pues como se sabe en la sociedad moderna, hay una distribución desigual de capitales entre los agentes que componen el espacio social. Las bases de éste último son el capital económico y el cultural, compuesto a su vez, por los capitales social y simbólico; que se figura en el reconocimiento y demás elementos (Londoño Galeano, 2016). De esta manera, se configura una lucha incesante entre los actores para hacerse a estos capitales, pues con su obtención se ubicarían en una posición más provechosa del espacio social. Correa Molina (2009) afirma que para reconocerse se

debe ganar y promover a través del intercambio de trasfondos de interpretación o, por medio de una lucha entre horizontes de sentido. Así, al exponer el uso de la violencia para hacerse con el reconocimiento se entiende una distribución inequitativa de capitales que ponen en reyerta a los actores sociales, para el caso; los sujetos que pertenecen a la barra brava. La elección de la vía violenta para conseguir reconocimiento toma asidero desde la efectividad que ha tenido ésta para los sujetos, como a su vez la validez y la comparación que hacen con otros grupos semejantes.

Por otra parte, el uso de la violencia para hacerse al respeto, opera en distintas orientaciones, en una instancia está orientado a lograr el reconocimiento por parte de actores ajenos al grupo mismo y por otra parte, se orienta a lograr una diferenciación al interior del grupo mismo, como también del prestigio, tal es el caso de aquellos que nombrados como cabezas o líderes de la barra, recurren a la violencia y convocan a los demás barristas a incurrir en ella, como una forma de ganar reconocimiento por parte de estos, el respeto podría equiparse a un poder simbólico, más que impuesto, reconocido por los subordinados del mismo. “El poder simbólico es, en efecto, ese poder invisible que no puede ejercerse sino con la complicidad de los que no quieren saber que lo sufren o que lo ejercen” “se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que los sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se reproduce la creencia” (Bourdieu, 2000, p.4)

Al respecto resulta ilustrativa la respuesta de Camilo a la pregunta de por qué el líder incita la violencia: “A muchos por la fama, por decir que es líder más parado, que esto y que esto. A muchos les gusta identificarse por ser el más violento.” y a la pregunta de por qué los demás lo siguen: “porque son pelados que no saben dónde están parados, qué es lo

que les diga lo que una persona dice, actúan como él actúa, son pelados salvajes. Entonces lo que la persona diga, caen todos.”

De hecho, es precisamente dicha propensión a la violencia una característica importante para poder ejercer el rol de líder, como lo expresa Paola cuando dice que si bien los miembros de una barra tienen reacciones diferentes, aquel que actúe con violencia tendría el potencial de liderazgo:

Pues es que todos los seres humanos tenemos diferentes formas de reaccionar. puede que entre los que conforman esa barra haya una mujer como yo, que le guste pelear y esa les arma el conflicto, el sindicato.. esa sería la líder, y fuera de eso si somos barras bravas somos violentos, no somos monjitas de la caridad y vamos a tener mujeres llorando ni nada eso.

Así pues, quienes “sufren” dicho poder, confieren a su líder la toma de decisiones en la barra, la cual está tan legitimada que de alguna manera se torna incuestionable, dadas las capacidades que le atribuyen al líder, de modo que sus mandatos se vuelven de obligatorio cumplimiento, ni siquiera por una acción coercitiva, sino por la certidumbre de que lo que diga el líder debe hacerse porque es él quien sabe cómo proceder, “El capital simbólico confiere autoridad legítima, de la que se deriva el poder de nombrar (actividades, grupos), de representar el sentido común y de crear la «versión oficial del mundo social” (Fernandez, 2005, p.10); y como parte de una barra brava se deben tener ciertas disposiciones, tal como lo refleja la respuesta de Paola cuando se le pregunta por cuando alguien dice no ante un llamado a la violencia:

Puede pasar, no falta el que no sienta lo mismo. Pues no falta el que no tenga... o no piense lo mismo que uno. Pues nosotros llevamos muchos años en la barra y

sabemos que está bien y que está mal. Que no está bien decir no. y para eso si es de emociones si la cabeza dijo vamos, es por algo, hay un motivo, y ese motivo lo sentimos todos, pa lo bueno y pa lo malo.

En este orden de ideas, el uso de la violencia por parte de la barra brava no sólo estaría legitimado, dado su uso instrumental, sino que además la resistencia a usarla por parte de sus miembros podría ser considerada un acto mal visto o indeseable por la barra en su conjunto.

La noción de capital simbólico propuesta por Bourdieu, no sólo permitiría hacer lectura del uso de la violencia por parte de la barra brava para obtener reconocimiento, tanto en externa como internamente, sino que también posibilitaría un acercamiento a la manera cómo se ha dado el cambio ideológico hacia la no violencia, teniendo en cuenta los acontecimientos y factores tanto materiales como simbólicos que en él están implicados.

DISCUSIÓN

Los participantes significan la violencia como la respuesta que se da a un estímulo caracterizado como aversivo u opuesto. La estimulación puede provenir de un adversario futbolístico o de un integrante de la misma barra que desentona con lo reglado por el grupo.

La asociación hecha entre violencia y respuesta supone la mediación de un elemento entre ambas, pues significar la violencia como respuesta frente al estímulo recibido no se hace de manera adrede, ni tampoco con el propósito de desencajar con el medio social en que se desenvuelve la barra brava, pareciera más bien, un significado y subsecuente comportamiento, articulado al medio social en que se desenvuelve esta.

Para rastrear el elemento que puede allí mediar, se puede discutir entre los postulados de Garriga (2014) quien plantea que son los valores de la sociedad los que hacen posible la positividad de la violencia en una comunidad de hinchadas y sumándose al abandono estatal, conlleva a que el espacio social constituido por las barras bravas persista. Siendo así Garriga (2014) cita a Riches “la reacción entre estructura social y violencia es la de influencia y la de oportunidad” (p.149).

Allí lo que plantea el autor es la conjunción de los factores socio históricos en el comportamiento violento de las barra bravas, no por ello diciendo que la estructura determine la persona. Por lo cual, el significado allí forjado ha sido posible en la medida que la sociedad amplia permite su circulación y le articula a su esquema, a la vez que ha sido en el espacio social de las barras bravas que los sujetos le han legitimado con sus usos.

Por ende, el significado en el que se asocia la violencia como reacción, se anuda a unas condiciones socio históricas pero también a los usos que hacen los integrantes de la barra brava, pues allí ha sido funcional y en esta medida cobra legitimidad.

Como plantea Garriga (2014) “la práctica violenta es parte de una forma de ser” (p.39), de igual forma los participantes de esta investigación significaron la violencia como un rasgo con el que se les reconoce. El comportamiento violento para estos sujetos es entendido como un vehículo válido para hacerse con el reconocimiento dentro de la comunidad de sentido y en la sociedad que les enmarca. Siendo así, la violencia es comprendida por los participantes como un rasgo que al manifestarse le permite alcanzar cierto grado de prestigio dentro de la comunidad que comparte con ellos códigos y formas de relacionarse.

Semejante a lo ocurrido con los participantes de esta investigación, Garriga (2014) identificó en su etnografía la construcción que hacen los integrantes de una hinchada argentina de la violencia, estos la configuran como capital de transacción validado y valorado por la comunidad que comparte con ellos el ámbito futbolístico, para que se haya configurado la violencia como capital, fue necesario que sus actores le dotaran de valor, a la vez que la distinguieran y reconocieran entre sus categorías de percepción (Garriga, 2014). En este orden de ideas “la violencia se conforma como un complejo bien que reúne saber y formas de hacer que definen un modelo ideal” (p.58).

Al igual que lo planteado por Garriga, los participantes de esta investigación significaron la violencia como un comportamiento que les permite distinguirse entre la comunidad que asiste al espacio futbolístico, son ellos quienes con el comportamiento violento construyen un rasgo con el cual se les puede identificar y distinguir entre demás actores.

En esta investigación se identificó la referencia de líder o referente como una vía por la cual los participantes construyen significado de violencia.

Dentro de este grupo con el cual realizamos la investigación, el líder juega un papel crucial en la estructuración grupal, las indicaciones que de él provienen sirven de carta de navegación para el resto de los integrantes. Por tanto, el significado que él asigna a cualquier objeto social, es transmitido por su discurso y acción, convirtiéndose de este modo en referencia para el resto de los integrantes. Teniendo como marco los distintos códigos y formas de relación en los cuales el comportamiento violento es dotado de valor, la acción violenta del referente, refuerza su propio discurso, haciendo que la transmisión del significado que de él proviene, sea más efectiva.

La referencia para este grupo puede ser el líder o un grupo similar, pues a sabiendas que este fenómeno proviene de otros países, grupos de la misma naturaleza son tomados por los participantes como referencias a seguir, erigiendo entonces el referente como fuente de significado.

En varios trabajos académicos, Panfichi, 1999; Yunez, 2012; Londoño, 2013; Garriga, 2014, se ha podido dilucidar una estructura jerárquica en los grupos de barras bravas, en esta estructuración el líder para los autores juega un papel elemental, pues de él emanan las directrices a las que se ciñe el colectivo. Para Londoño (2013) se convierte en el interlocutor clave para operar cualquier tipo de intervención en estos grupos y para Yunez (2012) en la clave para la organización interna de una barra brava.

De modo tal, esta investigación congenia con los distintos autores en cuanto a la posición del líder como fuente de discurso, pues como Panfichi (1999) o Garriga (2006) este con su manifestación comportamental violenta se ubica en una posición que le distingue y dota de valor el discurso que enarbole.

El contexto socio histórico es el espacio en el que circulan multiplicidad de significados, dependiendo del modelo sociopolítico, se configura una cultura que legitima o valida ciertos grupos de significados, organizando entonces una comunidad de sentidos y significados acorde a los instaurado de manera hegemónica.

En este orden de ideas, las condiciones socio históricas se convierten en un factor del cual los participantes de esta investigación han construido los significados que tienen de la violencia, cabe decir que las particularidades de la sociedad colombiana y los distintos avatares en materia histórica, como son las distintas manifestaciones de violencia e incluso el conflicto social y armado que arrecia la nación, hacen que los sentidos que circulan frente

a los objetos sociales se adecuen a estas condiciones. A esto se suma un modelo de sociedad instaurado, en el cual se mercantiliza la vida cotidiana, y se configura el vínculo social en forma de transacción.

Dado este panorama, los contextos en los que nacen y crecen los participantes de esta investigación y demás integrantes de la barra brava, contienen un particular grupo de significados particularizado a estas condiciones pues es necesario que se adecúen para permitirles dar sentido a lo que vivencian.

Ahora bien, lo anterior no es concluyente, en la medida que no se pretenden abogar por un determinismo socio histórico en el comportamiento del individuo, más bien se apunta a que las condiciones socio históricas de los territorios colombianos poseen significados particulares que pueden ser o no reproducidos por sus habitantes. Sin embargo, la relación que puedan tener con estos es de carácter habitual. De igual forma Garriga (2014) en el rastreo que hace con una hinchada argentina, afirma que los mal llamados inadaptados, refiriéndose a los integrantes de las barras bravas, “ están perfectamente adaptados a un juego particular de valores, que al mismo tiempo, les permite jugar en el juego más grande de la sociedad” (p.145). Es decir que, como lo plantean los participantes de esta investigación, los significados y correspondientes comportamientos, se adecuan y funcionan en la sociedad en que opera la barra brava.

También Panfichi (1999) había afirmado que las condiciones histórico políticas de un país han permitido el arraigo de “un sentido común de guerra” (p.156). Por tanto haciendo que las comunidades de sentido posean un significado acorde a la realidad social en que se encuentran sus habitantes.

Se encontró que los significados de la violencia en la barra brava surgen **a partir de condiciones familiares**, pues en medio de estas nace en los barristas su gusto por el fútbol y un equipo en particular. Pero también se establecen pautas que pueden contribuir a la aparición del comportamiento violento en consecuencia de una inconstancia o ausencia de alguna de las figuras paternas que ejerza supervisión y represente un ejemplo coherente. De igual manera, presenciar actos violentos en la familia y el significado de la violencia que la familia construye crea referentes que legitiman dichos actos en la resolución de conflictos y predisponen la posterior aparición o repetición de los mismos en otros contextos sociales.

Si bien en los antecedentes planteados en la investigación no se encontraron referencias directas a las condiciones familiares como implicadas en el surgimiento del significado de la violencia, es posible hacer lectura de dicha implicación en relación a lo planteado por Panfichi (1999) acerca de que el comportamiento violento que exponen las barrasbravas no está vinculado de manera causal a la violencia del fútbol, en tanto enfrentamiento entre dos grupos diferenciados, sino que es la manera en que los sujetos a estas pertenecientes procesan las experiencias históricas que han vivido las que le dan origen.

De manera similar, los significados de la violencia construidos en el entorno familiar, al igual que sucede con los que se construyen en la barra brava, pueden ser interpretados desde la óptica del interaccionismo simbólico, cuyas premisas fueron planteadas e implementadas para la comprensión del fenómeno en cuestión.

Una de ellas sugiere que el significado surge como consecuencia de la interacción social que cada sujeto mantiene con el prójimo (Mead, 1982), lo cual evidencia lo expresado por los entrevistados al referir que en la interacción con familiares,

principalmente figuras parentales y sus formas de comportamientos comúnmente utilizadas, son las que legitiman o no formas de conducta violenta.

El uso de la violencia para hacerse con el reconocimiento fue uno de los grandes usos que refirieron los participantes de esta investigación. Ya se había hablado sobre el significado de la violencia como forma de lograr el reconocimiento. Por lo tanto, el uso al que aquí se hace referencia es la implementación de dicho significado.

Los informantes refieren que el usar la violencia, se convierte en el vehículo con el que alcanzan cierto grado de prestigio al interior de una comunidad que comparte con ellos los mismos códigos y formas de relacionarse. A su vez, permite reconocerles dentro de múltiples actores que participan de la escena deportiva, y en el mismo orden, diferenciarles, pues establecen una jerarquización dentro del colectivo mismo.

Lo encontrado en esta investigación se concatena con los planteado por Panfichi (1999), pues los participantes usan la violencia en un sentido similar al que esboza este autor: el estatus que se logra y el respeto que se impone a los demás, están fuertemente ligados a muestras de agresividad y ejercicio de la violencia, sucede lo mismo con los demás teóricos, por ejemplo Torres (2005) afirma que en su investigación los jóvenes justifican el uso de la violencia para alcanzar admiración y respeto de los demás; en el caso de los participantes de la presente investigación la violencia sirve a sus ejecutores, similar al trabajo de Torres, como herramienta para alcanzar la distinción entre una comunidad y en el mismo sentido lograr el reconocimiento en esta.

Garriga (2006) plantea la violencia como capital con el cual las hinchadas argentinas logran posicionarse y mostrarse en el espacio social. Londoño (2013) afirma que en las barras a nivel nacional (Colombia) los integrantes de las barras dentro de la categoría

de aguante ligan la violencia a las demás prácticas rituales en aras de lograr el respeto al interior del grupo mismo. Al igual que en los trabajos de ambos autores, los participantes se refieren a la violencia como vehículo que les permite reconocerse interna y externamente al grupo que pertenecen.

Yunez (2012) plantea que al interior de las barras bravas “ hay una representación social que reza que a más capacidad violenta más prestigio” (p.13) y en el mismo orden de ideas, Londoño (2016) afirma que con “ la idea instaurada de demostración de superioridad mediante el uso de la fuerza, la lucha por el prestigio asignado culturalmente al enérgico, al vencedor, al que humilla al otro”(p.77) hace que las formas violentas para alcanzar el reconocimiento en estas comunidades y grupos se refuercen. Lo anterior no dista en lo absoluto, con lo rastreado en esta investigación, pues el uso que dan los participantes a la violencia, ha sido funcional y adecuado a las situaciones en que se han encontrado.

Los participantes lo refieren como un mecanismo de descarga de diversas emociones tanto positivas como negativas para lograr una homeostasis, un efecto catártico. Así como también, un medio a través del cual se experimentan emociones que resultan agradables a los sujetos y refuerzan el uso de la violencia. Ligado a esto, se lograron identificar dos formas en que la violencia es usada: una reactiva o circunstancial en la cual el sujeto efectúa la conducta violenta en respuesta a la situación; y otra como descarga emocional que realiza el sujeto en el marco del encuentro futbolístico, de modo tal que el sujeto viene con una carga emocional de otros ámbitos de su cotidianidad que puede encontrar en la conducta violenta una vía de descarga, buscando una homeostasis.

Empero, es importante señalar que las emociones que afloran están cargadas de significado construido tanto en el contexto de la barra como a nivel social y cultural, y en

ese sentido, los sujetos realizan una valoración de qué tan apropiadas resultan de acuerdo a situaciones específicas.

Por otro lado, se evidencia una tercer forma de usar la violencia en relación a la emocionalidad, la cual tiene que ver con su uso instrumental, en el cual no estaría precedida de ninguna ofensa o evento que la suscite, de modo que no sería reactiva, sino que se ejecutaría de manera premeditada, para conseguir un objetivo, y no estaría necesariamente motivada por emociones negativas o positivas producidas por una provocación, sino que obedecería también a emociones generalizadas en la barra producto del efecto colectivo, o en ausencia de estas, a un “deber ser” de la barra o mandato de la cabeza o líder. Dicho resultado, podría ilustrar lo expresado por Londoño (2013) acerca de lo inaceptable que resulta referirse a las barras bravas como un grupo de desequilibrados buscando dar rienda suelta a sus impulsos.

Sin embargo, en el comportamiento de la barra resulta difícil establecer diferencias entre el uso reactivo o instrumental de la violencia, ligado a su vez a la emocionalidad, en tanto los significados construidos por la barra otorgan incentivos a ambas, sin desconocer en ello la incidencia de cualidades individuales, referentes a la estabilidad emocional, capacidad empática y estilos de afrontamiento de los integrantes.

En esto último concuerda Harrington (1968) quien planteaba que la violencia de las barras bravas es una reacción que obedece a “patologías individuales y a reacciones frente a los estímulos dados por el ambiente, una pérdida de control por parte del individuo” (citado por Londoño, 2013, p.74). Así como también, si dichas características individuales se examinan con mayor profundidad a la luz de lo que los participantes refieren en torno a los

estilos de afrontamiento aprendidos en el contexto familiar y social, los cuales influyen diversos comportamientos violentos no sólo en la barra brava.

Lo concerniente a las características individuales implicadas en la violencia de los barristas no pueden interpretarse en ningún momento aisladas del significado que en torno a esta construyen como miembros de la barra brava, el cual a su vez le otorga una instrumentalidad, tal como lo planteó Panfichi (1999) al indicar que la violencia tiene un sentido instrumental y no es meramente conducta desbordada. De manera similar, lo hace Aragon (2009) al señalar que los protagonistas de actos violentos no son sujetos desviados.

CONCLUSIÓN

La presente investigación se enmarcó dentro de los postulados del interaccionismo simbólico, siendo así procuró utilizar la propuesta teórico metodológica que de allí se deriva para rastrear y lograr comprender los significados de violencia que tienen los integrantes de una barra brava.

Entre los significados que se refirieron se pudieron organizar tres grandes grupos, los cuales se compusieron por: significar la violencia como manifestación emocional, como reacción y como rasgo con él se les reconoce. Según lo relatado por los participantes, estos significados fueron contruidos a partir del proceso histórico social, la familia, el líder o referente y la praxis propia. Esta investigación al posicionarse desde los supuestos del interaccionismo simbólico, observa en estos afluentes una progresiva adquisición del significado en los participantes, de manera que el proceso de formación del significado que tienen los integrantes de la barra brava sobre violencia parte de unas condiciones histórico sociales, suma indicaciones familiares, para después complementarse con elementos

grupales tales como la referencia del líder o referente, y por último se modula lo adquirido con la praxis propia y particular del individuo.

Siguiendo en este orden de ideas, se rastrearon los usos que dan los integrantes de la barra brava a los significados que tienen de la violencia encontrándose, dos usos adecuados al significado que indicaban de violencia, por un lado acotándose al significado como manifestación emocional se encontró un uso del significado dirigido por la emocionalidad misma, por otra parte, desde el significado como rasgo con el que se les reconoce, se relató un uso para alcanzar prestigio o reconocimiento. Los participantes también relataron otros dos usos los cuales consistieron en orientarse al referente y conseguir prebendas económicas, estos dos últimos podrían entenderse dentro del esquema que se plantea como accesorios al que hacer del grupo.

Debe decirse entonces de manera conclusiva que entre los participantes de esta investigación integrantes de una barra brava, se encuentra dos grandes significados de violencia, uno como rasgo con el que se les reconoce y otro como manifestación emocional, ambos son correspondidos con un uso práctico, la forma en que se adquirieron los mismos fue de manera progresiva partiendo desde un ámbito amplio hasta llegar a la particularización en la praxis individual. Lo aquí planteado se discute con distintos autores permitiendo dilucidar una trama en los hallazgos, pues al igual que en los antecedentes bibliográficos, los significados, usos y afluentes de significado se corresponde a lo encontrado por demás autores. Entre los integrantes de las barras bravas hay un estrecha relación con la violencia, bien sea entendida como rasgo o como capital, se configuran formas de proceder acotadas al comportamiento violento. Se puede afirmar que el vínculo

se entrelaza en el hecho de que el comportamiento violento es avalado y valorado como forma de alcanzar el reconocimiento y construir una identidad.

REFERENCIAS

- Alabarces, P., Garriga, J., y Moreira, M. (2008). El“aguante” y las hinchadas argentinas, una relación violenta. *Horizontes Antropológicos*, 14(30), 113–136. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-71832008000200005
- Alonso, J. & Castellanos, J. (2006). Por un enfoque integral de la violencia familiar. *Intervención Social*. 15(3), 253.274. Recuperado de <http://scielo.isciii.es/pdf/inter/v15n3/v15n3a02.pdf>
- Aragón, S. (2009). Perdiste... Interpretaciones sociales sobre los derechos humanos, en el contexto del fenómeno de la violencia en el fútbol. *Razón Y Palabra*, 69. Recuperado de <http://www.razonypalabra.org.mx/PERDISTE%20INTERPRETACIONES%20SOCIALES%20SOBRE%20LOS%20DERECHOS%20HUMANOS%20EN%20EL%20CONTEXTO%20DEL%20FENOMENO%20DE%20LA%20VIOLENCIA%20EN%20EL%20FUTBOL.pdf>
- Arboleda Ariza, J. C., & Vélez Maya, M. R. M. (2016). Construcción de la violencia en el fútbol. *Quaderns de Psicologia*, 18(2), 71–81. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/QuadernsPsicologia/article/view/v18-n2-arboleda-velez/402167>
- Arevena, M., Kimelman, E., Micheli, B., Torrealba, R. y Zúñiga, J. (2006). *Investigación Educativa I* [archivo PDF]. Recuperado de <https://jrvargas.files.wordpress.com/2009/11/investigacion-educativa.pdf>

Barra, E. (1998). *Psicología Social* (Tesis doctoral). Universidad de Concepción. Concepción.
Recuperado de <http://repositorio.udec.cl/handle/11594/717>

Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 62, 145–176. Recuperado de <https://ddd.uab.cat/pub/papers/02102862n62/02102862n62p145.pdf>

Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: HORA. S.A.

Boulding, E. (1981). *La violencia y sus causas*. Editorial de la Unesco. Recuperado de <http://unesdoc.unesco.org/images/0004/000430/043086so.pdf>

Bronfenbrenner, U. (2002). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

Chaux, E. (2003). Agresión reactiva, agresión instrumental y el ciclo de la violencia. *Revista de estudios sociales*, (1), 47-58. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/815/81501504.pdf>

Cirami, L. (2013). Un abordaje posible al estudio de las emociones: Una mirada social e interfuncional en el V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-054/561.pdf>

- Correa Molina, M. (2009). Sobre Charles Taylor y algunos problemas relativos a la política del reconocimiento. *Ars Boni et Aequi*, (5), 157-182. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3257729>
- De la Cuesta, C. (2006). La teoría fundamentada como herramienta de análisis. *Cultura de los cuidados*, 10(20), 136-140. Recuperado de <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/876>
- De Zubiria Samper, S. (2015). Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano. In *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (p. 809).
- Domenach, J., Laborit, H., Joxe, A., Galtung, J., Senghaas, D., Klineberg, O., Halloran, J., Shupilov, V., Poklewski, K., Khan, R., Spitz, P., Mertens, P. & Duncan, G. (2015). Exclusión, insurrección y crimen. En *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (p. 809).
- Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social: Más tuerca y tornillos para las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa S.A.
- Estudio cualitativo de caso: el interés por la singularidad. In C. Editores (Ed.)
- Étienne, B. (2008). Violencia: idealidad y crueldad. *Polis*, 19. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30501916>
- Fernandez, J. (2005). La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. *Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 7-31. Recuperado de <http://www.enlinea.cij.gob.mx/Cursos/Hospitalizacion/pdf/PierreBourdieu.pdf>
- Galeano, M. (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. Un giro en la mirada*. Medellín: Carreta Editores.

- Galtung, J. (2004). *Violencia, guerra y su impacto* [archivo PDF]. Recuperado de <http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081020.pdf>
- Garriga Zucal, J. (2006). “Acá es así”: Hinchadas de fútbol, violencia y territorios. *Avá. Revista de Antropología*, 9, 93–107. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16942006000100007
- Garriga Zucal, J. (2007). Entre “machos” y “putos”: estilos masculinos y prácticas violentas de una hinchada de fútbol. *Esporte E Sociedade*, 2(4), 1–28. Recuperado de <http://www.ludopedio.com.br/biblioteca/entre-machos-y-putos-estilos-masculinos-y-practicas-violentas-de-una-hinchada-de-futbol/>
- Garriga Zucal, J. (2009). Violencia e identidad: las hinchadas de fútbol en la Argentina. *Urvio, Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, 8, 101–106. Recuperado de <http://revistas.flacsoandes.edu.ec/urvio/article/view/101-106>
- Garriga Zucal, J., & Noel, G. (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. *PUBLICAR*, 8(9), 97–120. Recuperado de <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/1191>
- Garriga Zucal, J. (2014). *Haciendo amigos a las piñas : violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires.
- Garriga Zucal, J. (2015). Nosotros nos peleamos, violencia e identidad de una hinchada de fútbol. Síntesis. *Maguaré*, 29(1), 287–289. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/57243>

Garriga Zucal, J. (2016a). Del correctivo al aguante Análisis comparativo de las acciones violentas de policías y “barras bravas.” *Runa*, 37(1), 39–52. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-96282016000100003

Garriga Zucal, J. (2016b). Playing with violence. Reflections about the mimetic and the control of emotions. *Apuntes CECYP*, 28, 150–159. Recuperado de <http://www.scielo.org.ar/pdf/aicecyp/n28/n28a06.pdf>

González Rey, F. L. (2000). El lugar de las emociones en la constitución social de lo psíquico: El aporte de Vigotski. *Educação & Sociedade*, 70(Abril/00), 132–148. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0101-73302000000200006&script=sci_abstract&tlng=pt

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Lucio Baptista, P. (2010). *Metodología de la investigación*. (J. Mares Chacón, Ed.), *Journal of Chemical Information and Modeling* (Mc-Graw hi). Mexico DF: Mc-Graw hill. <http://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>

IESPP / CReA. (2012). Paradigmas y enfoque de investigación científica [archivo PDF]. Recuperado de http://unefavirtual.unefa.edu.ve/file.php/1236/PARADIGMAS_NUEVO.pdf

Londoño Aguirre, J. J. (2013). *Juventud sin oportunidades: las barras ultras, un ejemplo paradigmático*. Universidad de Santiago de Compostela.

Londoño, D. (2016). *El habitus de la violencia en el fútbol espectáculo*. (Tesis de maestría) Universidad Pontificia Bolivariana.

- Macassi, S. (1988). Tipos de socialización y desesperanza aprendida. *Revista de Psicología*, 6(12), 117–129. Recuperado de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/psicologia/article/view/4556>
- Mead, G. H. (1973). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Mestre, V., Samper, P., Tur-Porcar, A., Richaud, M. & Mesurado, B. (2012). Emociones, estilos de afrontamiento y agresividad en la adolescencia. *Universitas psychologica*, 11(4), 1263-1275. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v11n4/v11n4a20.pdf>
- Mestre, V., Samper, P. & Frías, M. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14(2), 227-232. Recuperado de <http://www.psicothema.es/pdf/713.pdf>
- Panfichi, A. (1999). Representación y violencia en el fútbol peruano: barras bravas. *EN: Contratextos*, 12, 151–161. Retrieved from [http://fresno.ulima.edu.pe/sf/sf_bdfde.nsf/OtrosWeb/CONT12PANFICHI/\\$file/08-contratexto12-PANFICHI.pdf](http://fresno.ulima.edu.pe/sf/sf_bdfde.nsf/OtrosWeb/CONT12PANFICHI/$file/08-contratexto12-PANFICHI.pdf)
- Real Academia Española. (2014). Diccionario de la lengua española (23.a ed.). Consultado en <http://dle.rae.es/?w=diccionario>
- Robledo, L., Arcila, A., Buriticá, L. y Castrillón, J. (2004). *Paradigmas y modelos de investigación..* Medellín. Fundación Universitaria Luis Amigó. Recuperado de <http://virtual.funlam.edu.co/repositorio/sites/default/files/repositorioarchivos/2011/02/0008paradigmasymodelos.771.pdf>

- Ruiz, M., Borboa, M. y Rodríguez, J. (2013). El enfoque mixto de investigación en los estudios fiscales. *Tlatemoani Revista Académica de Investigación*, (13). Recuperado de <http://www.eumed.net/rev/tlatemoani/13/estudios-fiscales.pdf>
- Ruiz, P. (2015). ¿Qué sabemos sobre el contagio emocional?. Definición, evolución, neurobiología y su relación con la psicoterapia. *Cuadernos de Neuropsicología*, 9(3), 15–24. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/287980421_Que_sabemos_sobre_el_contagio_emocional_Definicion_evolucion_neurobiologia_y_su_relacion_con_la_psicoterapia
- Rivera, A. (2002). Crisis de la autoridad: Sobre el concepto político de “autoridad” en Hannah Arendt. *Revista de filosofía*, (26), 87-106. Recuperado de <http://revistas.um.es/daimon/article/viewFile/11931/11511>
- Szlifyman, J. (2011). Los medios de comunicación y las representaciones de la violencia deportiva argentina. *Question*, 1(31).
- Scandroglio, B. (2004). Violencia grupal juvenil: De la teoría del comportamiento planificado a la teoría de la identidad social. Universidad Autónoma.
- Torres Castro, C. (2005). Jóvenes y violencia. *Revista Iberoamericana de Educación.*, 37, 55–92.
- Ulloa, F. (1996). Violencia familiar y su impacto sobre el niño. *Revista Chilena de Pediatría*, 67(4). 183-187. Recuperado de: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/rcp/v67n4/art06.pdf>
- Vaca, M. (2008). *La familia víctima de la violencia* (Tesis doctoral). Universidad de la Sabana, Chía. Recuperado de <https://intellectum.unisabana.edu.co/bitstream/handle/10818/2300/131491.pdf?seq>

- Varguillas, C. (2006). El uso del Atlas.Ti y la creatividad del investigador en el análisis cualitativo de contenido UPEL. *Laurus, Revista de Educación*, (12), 73–87. Recuperado de https://www.uam.es/personal_pdi/stmaria/jmurillo/Met_Inves_Avan/Materiales/Varguillas.pdf
- Yunez Gomez, L. (2012). *Las barrabravas y las representaciones sociales en el caso de estudio del frv pasión de un pueblo representada en un equipo*. Universidad Icesi.
- Zavala, A. (2011). Espacio disidente o territorio construido. *Trabajo social*, (13), 125-142. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4372695>